

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

¡MOJAME, QUE ME QUEMO!







COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

1. — El aliento.delkiai. — *Lou Carrigan.*
2. — Orquídea escarlata. — *Clark Carrados.*
3. — Aquel, que dominó el mundo. — *Curtís Garland.*
1. — Yo quiero money! — *Ralph Barby.*
2. — Sonata de amor y muerte. — *Clark Carrados.*

RALPH BARBY

¡MOJAME, QUÉ ME QUEMO!
(M. P. SAVAGE-18)

Colección ¡KIAI! n.º67
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES – CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 5.731 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: abril, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUD0-KAN»

Concedidos derechos exclusivos **a** favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Valles (N-152, Km21,650) Barcelona - 1978

CAPITULO PRIMERO

Las farolas acababan de encenderse. La noche se había metido en la ciudad empujando al día hacia el Oeste, llevándoselo lenta e inexorablemente. No llovía, pero el rocío era tan intenso que los automóviles aparcados, que no habían sido usados recientemente y que tenían el motor frío, se iban mojando, cristales y plancha.

Ricky hacía un solitario con sus naipes, aposentado en la butaca giratoria que se hallaba en la parte posterior del poderoso *Daymio* de seis ruedas; un coche que tenía la parte posterior como si fuera un furgón con doble portezuela para que cuando Ricky, el gigante japonés de dos metros diez de estatura, quisiera salir a toda prisa, sólo tuviera que hacer girar ciento ochenta grados su butaca, abrir la doble portezuela y después saltar al asfalto; mas, en aquellos momentos, se entretenía elucubrando matemáticamente con los naipes. No había que olvidar que Ricky tenía un cerebro extraordinariamente dotado para las Matemáticas.

Juanito Chancleta, sentado en el asiento delantero junto al conductor, repasaba su filmadora dotada de teleobjetivo. El pequeño portorriqueño repasaba su material, estaba seguro de que aquella noche tendría que ponerlo

en funcionamiento. Había cargado con película de color y muy especial, sólo para profesionales altamente selectivos.

Al volante del gran *Daymio,* aquel automóvil que no había salido de ninguna cadena de fabricación de coches en serie, un vehículo único porque estaba construido artesanamente, se hallaba MosesPacificSavage.

Había que esperar, dejar pasar el tiempo. Introdujo una *cassette*en *el*magnetófono incorporado en el auto y comenzó a sonar una versión japonesa del *Pájaro de Fuego* realizada con sintetizadores que sonaba muy fantástica, cuando, por encima de la música, M. P. Savage semejó estirar las orejas.

—Ha llegado la hora —dijo, poniendo en marcha el motor del *Daymio.*

Una sirena ululante se acercaba. Por el espejo retrovisor, Savage pudo ver las luces centelleantes del camión que iba lanzado sobre el asfalto, abriéndose paso entre la circulación.

—Excelentes tipos los bomberos —opinó Juanito Chancleta,

M. P. Savage pisó el acelerador del gran *Daymio* de siete litros de cilindrada y se colocó tras el tercer vehículo de bomberos para no entorpecer su marcha.

—¿Qué, qué habrá si...sido? —preguntó Ricky t con su habitual tartamudez, siempre que no hablaba en su lengua materna, es decir, en japonés.

—No sabemos, un edificio de apartamentos, quizá una factoría; pronto lo averiguaremos —respondió Savage que, aun circulando rápido, llevaba su coche de gran potencia a medio gas.

No le hubiera costado nada rebasar a los coches de los bomberos, pero tenía que ir tras ellos para que los esforzados profesionales apagafuegos le llevaran al lugar del siniestro.

El suelo, por la intensa humedad, se veía mojado, pero no había llegado a acharolarse. Las luces pasaban rápidas y algunos transeúntes se detenían a observar el paso de los bomberos que acudían al siniestro con todo el interés y el esfuerzo por salvar al prójimo, y que era habitual en ellos.

Al fin, por encima de los árboles, vieron las llamas que trataban de lamer las estrellas.

Se había reunido un buen número de curiosos y varios coches patrulleros de la policía intentaban establecer un cordón de seguridad. Los bomberos tomaron posiciones de inmediato para luchar contra el fuego que se había enseñoreado con rapidez del edificio de apartamentos baratos.

En las ventanas gritaban, asustadas, algunas personas que temían salir por las escaleras, ya que el fuego y el humo las bloqueaban. Gritos de angustia y un cuerpo que se lanzó al vacío desde los pisos altos.

Entre los espectadores del siniestro los había verdaderamente angustiados por lo que sucedía y otros que disfrutaban con la visión del fuego y, secreta e íntimamente, con la desgracia de los seres torturados por el terror, el fuego y la muerte. Era un placer que obtenían sin tener que pagar nada y era un placer

que nadie, públicamente, confesaría gozar.

Moses P. Savage detuvo su *Daymio* sin que pudiera estorbar los servicios de extinción de incendios, pues por la magnitud del siniestro cabía suponer que llegarían otros coches bomba de un instante a otro.

—Vamos, Juanito, a trabajar —pidió Savage a su compañero.

Ricky también salló del coche y al poco, se podía ver al pequeño Juanito con su filmadora en ristre, subido sobre los hombros del gigante japonés, de forma que nadie molestaba a su filmadora y podía pedirle a Ricky que lo trasladase de un lugar a otro para mejor tomar imágenes de lo que estaba sucediendo.

M. P. Savage se distanció de ellos, deslizándose entre las últimas filas de curiosos que presenciaban el siniestro de aquellos apartamentos baratos de los cuales, al día siguiente, sólo quedarían ruinas y algunos cadáveres en la Morgue.

Savage sabía bien lo que buscaba entre aquellos rostros iluminados por el resplandor del fuego, por las luces centelleantes de los bomberos y la policía, por las escasas farolas existentes en aquel barrio periférico de la metrópoli: Buscaba unos rostros que mostraran un placer especial, el placer de los pirómanos. Buscaba, mas no estaba seguro de encontrarlos.

Cualquier policía, cualquier psiquiatra, cualquier psicólogo o asistente social, le habría dicho que su búsqueda estaba condenada al fracaso, mas Savage estaba dispuesto a dejarse llevar por su instinto, aunque al final sólo encontrara el fracaso.

De pronto, de reojo, observó a unos adolescentes de caderas escurridas, embutidas dentro de apretadísimos y raídos *blue-jeans*y que cuchicheaban entre ellos.

Dentro del *Daymio* tenía artilugios electrónicos para la escucha a distancia; se preguntó si merecía la pena ir a buscarlos para enterarse de lo que hablaban aquellos cuatro muchachos que quizá nada tenían que ver con la tragedia en la que, además de varias docenas de hogares, sucumbían algunas personas como la que viera arrojarse desde lo alto.

Se escucharon más sirenas. Por la magnitud del incendio, acudían más bomberos, posiblemente el completo de los bomberos de la ciudad, pues parecía existir el peligro de que el fuego se propagara a edificaciones colindantes.

M. P. Savage, que no perdía de vista al grupito de adolescentes de aire provocativo, seguramente en lucha contra la sociedad establecida, muchachos rebeldes, observó que éstos se alejaban. Los siguió a prudente distancia y vio que abrían un automóvil estacionado. Dedujo que lo estaban robando y los chicos debían de ser muy hábiles porque apenas se notaba que forzaran la Cerradura de la portezuela.

Savage retrocedió aprisa hacia su *Daymio*. Montó en él y lo puso en marcha. Vio alejarse el coche robado por los cuatro muchachos que, por lo visto, habían conseguido establecer con mucha rapidez un puente en el

contacto, para poner en marcha el auto.

Savage conectó las luces de posición, pero accionó el dispositivo que rebajaba la intensidad de las luces de posición a la mitad, de forma que podía ser visto, pero no llamaba en absoluto la atención. Así no transgredía las normas de tráfico ni provocaba ninguna situación de peligro, pero tampoco llamaba la atención de los perseguidores, que enfilaron hacia las afueras de la ciudad. Entraron en el cinturón periférico y rodearon prácticamente la ciudad sin que Savage les perdiera de vista ni ellos se percataran de que eran seguidos.

Los jóvenes, circulando a gran velocidad, salieron por la carretera del Oeste y rodaron como cuatro kilómetros antes de detenerse. Savage, que había comprobado la disminución de velocidad, desconectó las luces de posición delanteras. Su vehículo, al haber sido construido en forma especial, poseía ciertas ventajas y no ocurría como en la mayoría de los automóviles que si apagaba las luces de posición delanteras, las desconectaba todas.

Se situó en el arcén y, a distancia, observó las sombras que salían del coche robado.

Habían llegado a un cementerio de automóviles. Allí había vehículos de todas clases, vehículos aplastados, erosionados por la corrosión, coches pasados de moda y otros que habían pasado por un grave siniestro y que aún deberían tener sangre seca y oscura manchando su tapicería.

Cabía la posibilidad de que intentaran vender el coche robado en aquel cementerio, mas al haberlo dejado fuera del recinto, junto a la puerta, Savage intuyó lo que podía ocurrir. Por ello, tomó de su coche un cilindro de unos cuatro palmos de largo por uno de diámetro en las circunferencias de base.

Cargado con aquel cilindro que parecía de plástico (aunque interiormente, estaba reforzado por rejilla de acero) saltó la valla y se introdujo en el cementerio sorteando los coches que allí aguardaban a ser desguazados y más tarde llevados a los martillos que reducirían su volumen.

Aquel lugar sería un nidal de gatos que hallarían buenos lugares para dormir acurrucados en los tapizados de los asientos y se alimentarían gracias al buen número de ratas allí existente, máxime porque había cerca un vertedero de basuras.

De pronto, una luz por encima de los coches y el olor inconfundible de los plásticos, aceites y gasolina quemándose...

Rodeó un coche, saltó por encima de otro pasando sobre el capó. Descubrió a los cuatro incendiarios y gritó:

—¡Estúpidos idiotas!

Los cuatro se volvieron hacia Savage, que había descubierto cómo Incendiaban un automóvil con la pretensión de que el fuego se propagara a los restantes coches y tomara posesión de todo el recinto, puesto que los bomberos estaban muy ocupados en otra parte.

—¡Vámonos! —gritó uno de los jóvenes, el más alto y rubio.

Savage lanzó su cilindro hacia el fuego y después corrió tras los jóvenes.

Uno de ellos sacó una navaja y le hizo frente, sintiéndose acorralado al tiempo que gritaba:

—¡Esperadme, voy a pincharlo!

Savage fue hacia él. El joven le atacó con la navaja, que Savage desvió con un *shuto-uke*al tiempo que le aplicaba una *tegatana* suave en el plexo solar con el deseo de desestabilizarle. Antes de que se repusiera, le propinó un *ippon-ken* entre las dos cejas con el nudillo del dedo corazón de la zurda, adelantado. Envió a su adversario contra el suelo mientras los otros corrían.

Savage no se preocupó del que acababa de tumbar y corrió tras los fugitivos cuando el cilindro, por efectos del calor, estallaba, dispersando en derredor el gas licuado que contenía y que automáticamente cubrió las llamas, formando un colchón aislante que apagó el fuego.

Savage no pudo evitar que los tres jóvenes, ágiles como cervatos, escaparan, consiguiendo llegar al coche robado. Él había perdido un tiempo breve pero precioso luchando con el que le había hecho frente con su navaja y no pudo evitar que los jóvenes arrancaran con su automóvil, alejándose.

Savage subió en su *Daymio*y lo puso en marcha pisando el acelerador desde el primer instante. Miró hacia el cementerio y observó que ya no había fuego, había conseguido abortarlo nada más alumbrado, pero ahora perseguía a los incendiarios.

Puso las luces a la máxima potencia e iluminó al coche perseguido mientras reducía la distancia entre ambos, ya que el *Daymio* poseía mayor potencia y estaba más revolucionado.

La persecución se hizo feroz, ya que el conductor del coche robado llevaba el acelerador temerariamente pisado a fondo. En un par de ocasiones estuvo a punto de estrellarse contra otros vehículos que venían en dirección contraria. Uno de ellos fue un camión que le, pasó rozando, justo en el momento en que los jóvenes incendiarios rebasaban a un vehículo que circulaba normal y prudentemente y que tuvo que salirse al arcén para no verse involucrado en un accidente múltiple.

Savage controlaba muy bien su *Daymio* que poseía seis ruedas y una estabilidad total, así como un perfecto agarre en las curvas. La Habilidad de su dirección era completa, pero no sucedía lo mismo con los jóvenes delincuentes que iban de un lado a otro de fa calzada, estando a punto de chocar o salir del asfalto. Por unos instantes, Savage estuvo a punto de abandonar la persecución y no porque creyera que no iba a darles alcance, sino por temor a que en la loca persecución, donde los neumáticos chirriaban diabólicamente, los tres fugitivos fueran a perder la vida y, con ellos, también pudiera perderla algún inocente automovilista.

Decidió terminar con aquella carrera hacia la muerte y pisó el acelerador a fondo. Él podía sacar más de sesenta kilómetros hora por encima de la velocidad tope de los fugitivos que llevaban un coche de serie, bastante lujoso pero de serie al fin y al cabo. Los fugitivos le vieron acercarse con los faros iluminándoles de lleno. Al fin, el coche de Savage tocó con su parachoques

delantero el parachoques posterior de los fugitivos, que por más que pisaban el acelerador no lograban despegarse de Savage.

Este accionó una palanca e hizo que, por debajo de su parachoques, asomaran dos ganchos que se introdujeron por debajo y por dentro del parachoques posterior de los jóvenes, sujetándolo. Puso un grado más a la palanca que controlaba los ganchos de sujeción y éstos se alzaron, haciendo que el vehículo de los chicos quedara con las ruedas posteriores levantadas y girando en el vacío.

Savage pisó el freno del *Daymio y* los dos coches se detuvieron, ante la sorpresa de los jóvenes, que no esperaban que tal cosa sucediera. Savage les había alzado, sujetado y frenado, sin que ellos pudieran hacer nada para impedirlo.

Se abrieron las portezuelas del coche detenido cuyas ruedas continuaban girando en el aire. Cada uno de los jóvenes salió corriendo en una dirección distinta.

Savage abandonó el *Daymio* dando un portazo para que de esta forma su coche se cerrara y bloqueara automáticamente, pues cabía la posibilidad de que mientras él perseguía a alguno de los fugitivos, otro se acercara a su auto y lo pusiera en marcha.

Por un bosquecillo fue tras uno de los jóvenes mientras los otros se perdían en la noche. Al fin consiguió darle alcance, cogiéndolo por un brazo.

—¡Quieto, fiera, y no te pasará nada!

Jadeaba el adolescente, que vestía *blue-jeans*y una gorra de estilo inglés, muy abombada de casquete y con visera, también confeccionada en ropa tejana.

Savage comprobó que el adolescente luchaba desesperadamente, como un zorro atrapado por una pata. Podía reducirlo con algunos golpes precisos, mas no lo consideró oportuno, lo mismo que evitó practicar alguna inmovilización de codo o muñeca, porque la desesperación del chico era tanta que, posiblemente, en su violencia por soltarse, se partiría los huesos o cuando menos se los descoyuntaría. Por ello, Savage le practicó uña estrangulación sujetándolo de espaldas contra un árbol. Le cogió la chaquetilla tejana con la zurda por debajo del brazo derecho al tiempo que introducía el pulgar de la diestra por el interior del cuello de la chaquetilla y alzaba el canto de esta misma mano hacia el cuello.

La estrangulación comenzó a surtir efecto. El joven dejó de agitarse por falta de riego sanguíneo. Savage sabía bien, como *budoka* que era, que no podía presionar en exceso la nuez, por riesgo a partirla, y no quería desembarazarse del joven, sólo capturarlo sin dañarlo y, al fin, lo consiguió. Aflojó la presión y lo cacheó para buscar las armas, encontrándole dos cosas muy importantes: una navaja automática y dos hermosos pechos que habían permanecido ocultos.

—Vaya, si es una chica —rezongó.

Le cerró la camisa. Los pechos eran hermosos pero todavía jóvenes.

Savage le quitó la gorra, sujeta con un pasador, y se desparramó una abundante cabellera rubia, verdadera cascada de oro.

La muchacha no abría los ojos y Savage llegó a pensar que quizá había presionado demasiado y la joven tardaba en recuperarse por falta de oxígeno en sus venas, por lo que no dudó en acoplar su boca sobre la femenina e insuflarle aire hasta hinchar sus pulmones por debajo de las mamas adolescentes pero ya de mujer.

La chica abrió al fin los ojos, que Savage vio grandes y pletóricos de vida, y se apartó de la boca femenina. Recuperó, el aire para sus propios pulmones y le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

La chica trató de escapar otra vez tras recuperarse, pero Savage se lo impidió cogiéndola por la zurda. Luego le advirtió:

—Si intentas huir otra vez, primero te doy dos bofetadas y luego, te guste o no, te bajo los pantalones y no te los vuelves a subir hasta que te haya dejado el culo rojo.

—¡Asqueroso, hijo de puta!

—No te lo voy a tomar en cuenta, eres como un animalito. Vamos.

—¡Me escaparé!

—Eso falta verlo.

—¡No me encerrarás en la cárcel!

—Si no haces méritos para ello, no te encerrarán. Vamos.

La zarandeó un poco para imponerse a la muchacha y cogida del brazo, se la llevó casi a rastras.

—¡Me haces daño, cabrón!

—Tendré que recortarte un poco esa lengua.

—¡Mis amigos te pincharán!

—Tus amigos son conejos, corriendo, cuando hay que dar la cara. ¿Dónde están ahora? Te han dejado sola.

Ella no respondió. Savage la llevó hasta el *Daymio,* abrió la portezuela y la introdujo dentro cerrando después. Rodeó el coche y pasó al lado del conductor cuando la joven trataba en vano de abrir la portezuela para escapar.

—Este no es un carro normal, no te esfuerces en tratar de escapar porque no lo conseguirás. Por otra parte, si te pones tonta, te voy a poner a dormir y así dejarás de molestar.

—¿Cómo, con drogas?

—No hace falta, un golpe de karale será suficiente.

La chica lo miró de reojo y quedó quieta, bien arrellanada en el amplio asiento del auto, que Savage puso en marcha. Movió la palanca que accionaba los ganchos que habían salido, por debajo del parachoques, escondiéndolos de nuevo y dejando libre al coche robado. Hizo marcha atrás separándose de él y después giró, colocándose en la carretera en dirección contraria para regresar a la ciudad.

Savage condujo rápido, pero sin cometer imprudencias de tráfico.

—¿Te gusta la música?

Ella pegó sus labios y no quiso responder.

—Pondré música *folk* sin palabras —dijo Savage.

Quitó la *cassette* colocada en el magnetófono y puso otra en su lugar. Al poco se oía una música interpretada por una combinación de banjo y armónica.

—¿Cómo te llamas?

—Yo no respondo a la *bofia.*

—Yo no soy de la *bofia* como tú dices.

—Ya, no me había dado cuenta de que eres extranjero. Hablas muy bien nuestra lengua, pero tienes un ligero acento.

—Sí, es lógico y tú no creo que pertenezcas a un suburbio aunque te empeñes en aparentarlo. Yo diría que no te ha faltado escuela; que incluso has podido llegar a las puertas de la Universidad.

—Si no eres de la *bofia,* ¿qué diablos te importa?

—Me importa; estoy haciendo un reportaje sobre esta ola de incendios que ha habido en vuestro país, especialmente en esta ciudad industrial y portuaria.

—¿Un reportero?

—Sí, un *free-lance,* reportero por propia cuenta.

—¿Y no sabes que a los reporteros los matan como a chinches por meter las narices donde no les importa?

—Precisamente meten las narices donde les importa es decir, donde importa al pueblo, pero no de un país, sino de todo el mundo. El periodista tiene la obligación de denunciar cuanto ocurra, sea bueno o malo; además, tiene que investigar, por eso a veces se les aplasta como a chinches como tú dices, para que no sepan demasiado, porque si un reportero sabe demasiado quiere decir que la sociedad, el pueblo, también sabrá demasiado y eso no conviene a los que en esta vida juegan sucio, con cartas marcadas, explotando al prójimo,

—Y ahora, ¿qué harás conmigo?

—Vamos a buscar al que se ha quedado en el cementerio de coches.

—¿A Berto?

—¿Se llama Berto?

—¡Yo no he dicho nada! —replicó, dándose cuenta de que había pronunciado un nombre.

—¿Temes que digan que eres una soplona?

—¡Yo no soy una soplona y no me sacarás nada!

Llegaron a la altura del cementerio de coches. Savage detuvo el *Daymio* y observó:

—Fíjate, no hay fuego.

—¿Lo has apagado Tú?

—¿Sabes que ibas a cometer un crimen, porque provocar incendios es un crimen aquí, en América o en la China?

—Son coches viejos, abandonados.

—No tan abandonados; muchas de sus piezas son aprovechables para los que no tienen demasiado dinero para pagarlas nuevas. Además, eso es una propiedad particular.

—Cuéntaselo a la policía.

—Mira, vamos a buscar a tu amigo, pero como no me fío de ti...

Le cogió la mano; ella puso sus músculos en tensión, pero Savage le colocó en una muñeca el aro de unas esposas. El otro se lo puso él en su muñeca.

—Así no te despegarás de mí.

—¡Esto es un rapto, te denunciaré a la policía!

—Si quieres, te llevo yo mismo a la comisaría. ¡Anda, afuera!

La sacó en contra de su voluntad y le hizo cruzar la carretera. Se adentraron en el cementerio de coches, no había ningún vigilante a la vista. Savage presunto:

—¿Sabíais que no habría guarda?

—Lo hay, pero está borracho.

—¿Lo habéis emborrachado vosotros?

—No, pero sabemos a qué taberna va.

Encontraron el lugar del incendio provocado. Los hierros aún estaban calientes, pero no había fuego ni posibilidades de que se reprodujera.

—No está —observó M. P. Savage.

—No lo cazarás —dijo ella satisfecha, casi riéndose.

—Está bien, ya lo volveré a encontrar. Ha debido recobrar el conocimiento antes de lo que yo esperaba.

Dicho esto, caminó de regreso al coche.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella, impotente para escapar.

Savage se detuvo un instante, la miró y dijo:

—Te llevo a la bañera.

CAPITULO II

La muchacha miró en derredor, el apartamento era confortable. Un amplio *Living-room,* un dormitorio y un cuarto de aseo, nada más, pero con grandes ventanales ahora ocultos por cortinas.

—¿Es tuyo?

—No, yo no tenso propiedades inmobiliarias. La verdad es que no vivo fijo en ninguna parte, soy ciudadano del mundo y voy de aquí para allá. Cuando llego a un lugar, busco un hotel, un motel o un apartamento como éste; depende de los días que piense residir en el lugar.

—¿Y aquí?

—Todavía no lo sé, ya te he dicho que estoy haciendo un reportaje sobre los incendios que tanto abundan en esta ciudad.

—¿Cuándo llamarás a la policía para entregarme?

—¿Habéis sido vosotros los incendiarios del edificio de apartamentos baratos que estabais contemplando?

—No.

—¿Me das tu palabra?

Ella sé rió un poquito, se encogió de hombros y anduvo rodeando la mesa enana que estaba delante del sofá. Como respuesta, preguntó:

—¿Serviría de algo mi palabra?

—Sí.

—¿Y si resulta que soy una mentirosa?

—Será una pena. Si me mientes no podré confiar en ti y me será difícil ayudarte.

—¿Y quién te ha dicho que quiero ayuda?

—Mira, mete en la cesta de plástico tu ropa y ponte debajo de la ducha.

Ella agrandó sus ojos zarcos, con un gesto entre desafiante y burlón.

—¿Me estás pidiendo que me desnude?

—Sí.

—No tienes aspecto de sátiro...

—Déjate de bobadas y desnúdate, o lo haré yo.

—¿Con tus manos?

—Sí.

—No te atreverás.

—¿No?

Savage se le acercó, le cogió la chaquetilla y se la quitó. Luego comenzó a desabrocharle la camisa y se la quitó también; ya sabía que la chica no utilizaba sujetador.

—Sí, ya veo que eres capaz y que no eres ningún novato con los botones.

Y se alejó hacia el baño.

—Pon la ropa en la cesta, la daré a lavar.

—¿Y qué me pongo luego? —interrogó ella, desde el cuarto de aseo.

—Encontrarás una bata.

Savage se acercó al baño al cabo de unos minutos, recogió la cesta de ropa y llamó por teléfono al *selfservice* que atendía a la comunidad de apartamentos.

— ¡Oye! —interpeló ella desde el baño.

—¿Qué?

—¿Estás casado?

—No.

—¿Y tienes muchas amigas? Seguro que sí, tienes cara de estar acorralado por las mujeres. —Tonterías.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—Hablar.

—¿Sólo hablar? —preguntó, con fingida decepción.

—Yo no soy la ley ni la justicia.

—Sí, ya has dicho que eres un reportero —respondió la chica, que se había metido en la bañera enjabonándose lentamente, muy complacida, sin la menor prisa por salir. Su miedo, su rabia y su disgusto, semejaban haberse disipado.

Sonó el timbre musical del llamador de la puerta y Savage fue a abrir llevando la cesta de la ropa. Al poco, había cambiado la cesta de la ropa sucia por una camarera rodante con canapés, un par de consomés, cerveza, naranjadas y café.

—¿Ha sido la policía?

—¿No hueles bien?

La muchacha olfateó y al fin exclamó:

—¡Comida!

Savage, sentado en el sofá, la vio salir del baño cubierta con una bata de color morado violeta con diminutos pensamientos dorados. Era una bata de corte japonés y toda ella de seda.

—Es muy bonita. ¿Te la compraste en París o en Londres?

—La confeccionó para mí una amiga en Japón.

—Pero ¿tú no eres americano?

—Tengo pasaporte americano, pero soy ciudadano del mundo, ya te lo he dicho.

—El pasaporte americano abre muchas puertas.

—Es cierto, y para un reportero es como jugar con ventaja ante otros compañeros de profesión que son de otros países.

—Pero, tú no eres un yanqui de pura cepa, ¿verdad?

—Yo soy lo que soy por mí mismo y no por lo que pudieron ser mis antepasados. Anda, siéntate y alimentémonos un poco. Espero que sea de tu agrado; he pedido variedad de bocadillos y canapés, deja los que no te gusten y ya me los comeré yo.

—Y naranjada y cerveza. Te cuidas, ¿eh? La verdad es que éste es un interrogatorio muy especial.

—La policía no te hubiera tratado de esta forma.

—Sí, tu apartamento no tiene la cara de un sótano de comisaría.

—No llevas ninguna documentación encima. ¿Me dices cómo puedo llamarte?

Ella, tras engullir uno de los canapés y beber espumeante cerveza, dijo:

—Flora. ¿Te gusta o te digo otro nombre?

—Me conformaré con Flora. ¿Cuántos años tienes?

—No llego a veinte. ¿Y tú? —le preguntó, mordiendo uno de los bocadillos de jamón. —Unos pocos más que tú.

—Y después de cenar, ¿qué haremos? Es muy tarde.

—Me gustaría saber quiénes son tus amigos.

—No soy una chivata, ya te lo he advertido.

—¿Y si uno de ellos fuera un asesino?

—Yo no soy la ley.

—¿Dejarías que siguiera matando?

—No quiero hablar de eso, ¿me dejas comer? Ya que te has molestado en pedir todo esto, hagámosle los honores.

—El muchacho más alto, el pelirrojo de cabellos rizados, ¿cómo se llama?

—¿Qué ganarás con saberlo?

—Ponerle nombre, seguro que me lo volveré a encontrar.

—¿Te gusta el nombre Piero?

—Sí, ¿por qué no?

Ella bebió cerveza de nuevo y eructó sin contemplaciones; luego preguntó:

—¿Por qué te empeñas en meterte en líos? ¡Si sólo hemos hecho que divertirnos pegándole fuego a un coche viejo!

—Vuestra intención era incendiar todo el cementerio de coches.

—No puedes demostrarlo.

—Es cierto, porque apagué el incendio nada más iniciarse.

—¿Ibas preparado para apagar fuegos?

—Sí. Cuando meto las narices en un asunto, me preparo y ya sabía que habría incendios. Lo que me gustaría saber es en cuántos incendios estáis involucrados.

—¿Crees que mis amigos y yo nos pasamos el tiempo quemando casas y coches?

—Hay edades en que uno se siente muy rebelde ypuede cometer muchas irresponsabilidades.

—¡Puaf! Me revienta la sociedad burguesa.

—Eso no te da derecho a quemar la propiedad del prójimo e incluso poner en riesgo sus vidas.

—En la guerra también se mata a la gente y encimale cuelgan medallas por eso.

—No sabes lo que dices, Flora. Presumes de carecer de sentimientos, pero estoy seguro de que los tienes. En algún momento, esa careta de indiferencia y agresividad saltará hecha pedazos.

—¿Eres futurólogo?

—No es necesario. Sé poco o nada de ti, pero estoy seguro de que no eres tal cual te presentas a mis ojos.

—Te gustaría encontrar mi punto débil para comenzar a hacerme preguntas y preguntas que luego publicarías en los periódicos, ¿eh?

—Hasta mañana no tendrás tu ropa.

—¡Uau! No puedo salir a la calle con esta bata y nada debajo, me cogería la *bofia* por escándalo público.

—Si quieres telefonear a alguien, puedes hacerlo para que te pasen a buscar.

—No, gracias. Dormiré aquí si tú no tratas de ser un *cochon.*

Moses. Pacific Savage se la quedó mirando intensamente con sus ojos verdes y brillantes. Con mucha naturalidad puntualizó:

—No soy tan depravado como para abusar de una niña.

—¿Niña?

Se le abrieron los ojos, incrédula, desafiante, sorprendida también.

Savage sabía perfectamente que Flora no era ya una niña, era una mujer completa y si tenía algo de niña, podían ser sus chiquilladas que podían terminar en tragedia.

—¡Pues todos no piensan lo mismo! —Lo imagino, si al que te refieres también es un crío.

—Te crees un superhombre, ¿verdad?

—Veo que es inútil que sigamos hablando. Había llegado a suponer que podías decir cosas interesantes y evitar más siniestros, más incendios que causan la ruina y la muerte, pero sólo eres una chiquilla que necesita a una persona adulta y equilibrada en la que poder confiar y pedirle consejo.

—¡Soy una mujer y puedo demostrártelo! —casi gritó poniéndose en pie y soltándose el cinturón de la bata que se abrió, mostrando sus encantos.

—Una mujer es más que un sexo, Flora, y ya estoy harto de tratarte con blanduras.

Le soltó un par de bofetadas que agitaron la cabeza femenina con cierta dureza. Les chica no lloró, pero reflejó sorpresa en su rostro. Savage la cogió entre sus brazos y la llevó a la habitación dejándola caer sobre la cama donde el cuerpo hermoso y rabiosamente joven rebotó, quedando boca abajo.

Savage le arrancó la bata y ella cerró los ojos para no ver lo que iba a ocurrir.

Sintió las manos del hombre sobre su espalda limpia y perfumada por el *gel* de baño. Comenzó a notar un masaje relajante en el cual los dedos de Savage eran maestros y, sin darse cuenta, su respiración se fue haciendo profunda, muy profunda.

CAPITULO III

Los empleados de los laboratorios Hipócrates, S. A. iban entrando casi somnolientos en la factoría, bajo el cielo todavía gris de la amanecida.

Todo estaba en orden. Hombres y mujeres desparramados se acercaban a las distintas puertas para ocupar sus puestos de trabajo. Era la mañana de un día más dentro del trabajo de aquellos empleados de diversas categorías.

En los laboratorios Hipócrates, S. A. se obtenían materias primas para la industria farmacéutica y otros productos químicos que eran servidos a distintas industrias del plástico, las pinturas y los detergentes. También poseía un laboratorio de investigación que si no era glande, funcionaba bien gracias a los científicos que allí laboraban.

Un obrero de la sección de combustibles y disolventes abrió la luz y ocurrió lo inesperado, pero que en el fondo todos podían temer en una ocasión u otra: se produjo una terrible deflagración.

Como si hubiera habido acumulada una gran bolsa de gas combustible, se inflamó por la chispa de un interruptor que no parecía hallarse en demasiado buen estado, porque en teoría era anti fuego. El gas se inflamó, produciendo una explosión que reventó unas paredes e hizo saltar los cristales que había en las ventanas tragaluz. El fuego, que se extendió instantáneamente por ladeflagración, alcanzó a cinco obreros que quedaron envueltos por él, como atacados por un lanzallamas bélico.

Gritos de horror y pánico, cuerpos retorciéndose en mitad del fuego... Un depósito de combustible estalló, esparciéndose el líquido inflamable ya fuera de la nave y alcanzando a otras dependencias. El siniestro se extendió con una velocidad vertiginosa.

Las llamas se expandían diabólicamente rápidas de un lado a otro, haciendo estallar tanques, bidones y cajas y prendiendo en muebles e instalaciones.

Varias paredes reventaron y como la mayoría de los empleados aún estaban fuera de los recintos, no pudieron utilizar los extintores y los automáticos que había en el interior de las naves no funcionaron.

Cinco chicas empaquetadoras echaron a correr al ver cómo una verdadera ola de combustible ardiendo venía hacia ellas, mas no corrieron lo suficiente y fueron alcanzadas. Cayeron, gritaron, se revolvieron y fueron engullidas por el fuego.

En pocos instantes, pues ya no cabía contar en minutos, toda la factoría fue

una verdadera pira en medio de explosiones dantescas mientras sonaba la sirena que semejaba el grito de angustia de un animal antidiluviano pidiendo socorro, aun viéndose agonizar.

El equipo de bomberos voluntarios de los propios laboratorios no pudo llegar a actuar.

El cielo, cuando debía ser azul, se tornó negro y las llamaradas se alzaron a más de veinte y treinta metros. Bidones de doscientos litros estallaban como verdaderas bombas saltando por los aires. Las paredes se derrumbaban; las vigas de acero que sostenían las techumbres, por la acción del calor, se dilataban, se doblaban y llegaban a fundirse haciendo caer los techos en medio de grandes estrépitos.

Hombres y mujeres corrían de un lado a otro tratando de ponerse a salvo como si acabaran de ser bombardeados por una furiosa escuadrilla de sanguinarios cazabombarderos.

Los bomberos no tardaron en arribar con sus ululantes sirenas. Los rostros de aquellos hombres infatigables se veían agoreros, pese a su espíritu combativo, a sus esfuerzos constantes. Tomaron posiciones rápidamente, pero de inmediato se percataron de que sólo cabía evitar que el fuego se propagara a otras industrias colindantes.

—Aquí ya nada se puede salvar, no pienso exponer la vida de uno solo de mis hombres —rezongó el comandante de los bomberos, observando la tétrica danza de llamas y humaredas que todo lo intoxicaban.

Fueron llegando más bomberos, agentes de policía e incluso algunos periodistas mañaneros. Entre ellos, a bordo de un taxi, arribaron Ricky y Juanito Chancleta que rápidamente tomó la filmadora para captar todos los detalles de aquel siniestro tal como les pidiera Moses Pacific Savage. Filmaron las llamaradas, las paredes que se derrumbaban y al personal que se había puesto a salvo y al que llegaba, curiosos y algunos obreros de las industrias vecinas que se asomaban por encima de los muros de separación con extintores en sus manos, dispuestos a colaborar pese a verse impotentes ante la inesperada tragedia.

El comandante de bomberos habló al jefe de la policía, que también había acudido. Este, por el altavoz de uno de los coches, pidió:

— ¡Abandonen todos la zona, abandonen todos la zona a excepción de los bomberos de servicio, hay gases tóxicos! ¡Atención, atención...!

* * *

Flora bostezó largamente, había dormido profunda y agradablemente.

Se abrazó a la almohada como si ésta fuera alguien que tuviera rostro y cuerpo en sus sueños y sonrió. Levantó luego los párpados y saltó del sueño a la realidad.

En principio no recordaba la habitación en que se hallaba, sumida en una grata penumbra y con la puerta cerrada. Sólo una tenue claridad se filtraba

entre las cortinas de la ventana.

Hizo un esfuerzo por poner sus ideas en orden y al fin, recordó. Se levantó sobre la cama y observó que a su lado el lecho no había sido hollado por otro cuerpo humano. No supo si quedarse contenta o triste.

Se percató de su desnudez y sus ojos, acostumbradosya a la semipenumbra, descubrieron sus ropas limpias, pasadas por la lavandería con servicio nocturno, que se hallaban sobre una butaca.

Saltó de la cama y se vistió con rapidez. Sigilosa, se acercó a la puerta y la abrió para mirar hacia el *living-room.* No vio a nadie. La persiana de plástico estaba levantada, pero la espesa cortina tamizaba la luz que penetraba por la cristalera, iluminándolo todo. Debía ser una hora avanzada.

Buscó el carrito con comida y no estaba, tampoco vio a Savage.

Recogió su cabello dentro de la gorra de ropa tejana y siempre con cuidado, como si temiera ser descubierta, salió del apartamento. Fue hacia el ascensor, pero dudó y optó por bajar a pie.

En el vestíbulo de la escalera no había nadie. Afuera, a través de los cristales, vio a gente caminando por la calle. Efectivamente, la hora era avanzada, pero ella la ignoraba, pues no llevaba reloj ni documentación alguna, nada, ni siquiera dinero.

Abandonó el edificio. Coches, gente, todo normal y un sol brillante que casi cegaba sus ojos azules.

Anduvo una treintena de pasos y paró a un taxi alzando la mano. Se metió dentro y el coche reanudó la marcha, pero una moto *Suzuki* le iba detrás a prudencial distancia. El hombre llevaba la cabeza protegida por un casco completo que cubría su rostro con plástico irrompible.

El taxi cruzó la ciudad y se introdujo en el barrio señorial donde existían escasos edificios de apartamentos y muchas mansiones, bastantes de ellas de planta nueva, con verdaderos alardes de ingenio arquitectónico avanzando. Eran residencias caras, residencias de millonarios.

—Hemos llegado —dijo el taxista, deteniendo el taxímetro.,

—Un momento, en seguida le pagan.

—¿Me pagan, quién? —inquirió, frunciendo el ceño, receloso.

—El portero.

—¿El portero? ¡Eh, eh, señorita...!

Flora no le hizo caso, saltó a la acera y se acercó a la verja. Un portero uniformado, gorra de plato incluida, le franqueó la entrada. Un *doberman pinscher* se aproximó, buscando las caricias de la muchacha y ésta le dijo algo al portero que el taxista no entendió, pero el portero se apresuró a sonreír y se acercó al taxista.

—¡Eh!, ¿cuánto es la carrera?

—No me digas que esa niña es la hija de tu patrón...

—Dime cuánto es —le cortó el portero.

De lo que no se dieron cuenta uno ni otro es que un motorista había detenido su potente *Suzuki* a cierta distancia. Pegado al muro, llegó hasta la

verja y se introdujo en el jardín de la residencia.

Al verle, el *doberman pinscher* le hizo frente y llegó a lanzar un ladrido, pero el intruso movió sus manos de cierta forma que tranquilizó al animal cuando ya el portero se volvía para pedirle que se callara al no ver al intruso que acababa de pegarse junto a la puerta de la caseta.

El portero sacó su cartera para pagar, regateándole al taxista la carrera hecha por Flora.

Flora se disponía a subir la escalinata del porche para dirigirse a su habitación cuando apareció una mujer entrada en años, con más kilos de los que su esqueleto debía poder soportar y vistiendo de oscuro. Al descubrir a la joven, la interpeló:

—¡Flora, Flora!

La chica se detuvo sin volver la cabeza, exhalando un suspiro de resignación y fastidio. —¿Qué?,

—¿Dónde te habías metido? ¡Dios mío, Dios mío!

—No es para tanto, me he levantado temprano para ir a hacer deporte.

— ¡Si no has dormido en tu cama, criatura!

—He probado qué tal se dormía en el suelo, sobre la alfombra.

—¿En la alfombra? ¡Dios mío, Dios mío!

—Me voy a cambiar, tía.

—Espera, espera... ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!

—¿Desgracia? Vamos, tía, que no es para tanto.

—Sí, hija; sí es para tanto. Han ardido los laboratorios, ¿no te has enterado? Todas las emisoras de radio lo comentan y vendrá en las primeras páginas de los periódicos de la tarde. ¡Dios mío, qué tiempos vivimos!

—Tía, ¿te estás refiriendo a los laboratorios de papá?

—Sí, a los laboratorios Hipócrates, S.A. —puntualizó una voz inesperada, una voz masculina y bien timbrada, que sonaba junto a la puerta de entrada.

— ¡Savage! —exclamó Flora, vivamente sorprendida.

—¿Savage? —repitió la tía volviéndose hacia el hombre y viéndole con el casco de motorista en la mano y vistiendo totalmente en ropa tejana, pantalones y cazadora corta—. ¿Conoces a este hombre, Flora?

—Sí, tía, es un reportero americano.

—¿Un reportero americano, de la televisión? ¡Ay, Dios mío, y me coge con estos pelos...! ¿Y saldré por la televisión?

M. P. Savage no prestó atención a la preocupada mujerona y se acercó a Flora detenida en la escalera. Cuando llegó junto a ella, estando un par de peldaños más abajo, casi quedaba a la misma altura que la chica.

—Los laboratorios Hipócrates, S. A. han ardido esta mañana, al abrir sus puertas para iniciar el trabajo.

Pálida, Flora arguyó:

—No lo sabía, vengo de...

—Sí, ya sé de dónde vienes, niña mimada, niña rica.

—Flora —se escandalizó la tía—, ¿cómo consientes que este hombre te diga esas cosas?

—Calla, tía, por favor —le pidió Flora. Volviéndose hacia Savage, le dijo —: Si sabes dónde estaba, te habrás dado cuenta de que yo nada podía saber.

—Tú, no, pero ¿y Piero, Berto, y el otro?

—¡Eso es ya una calumnia!

— ¡Quieta! —le ordenó Savage más que pidió, cogiéndola por la muñeca—. Se han perdido, seguramente, cientos de millones, pero no es eso lo importante.

—¿Ah, no? ¡Cómo se ve que no son tuyos...!

—Se han perdido doce vidas humanas, eso sí es importante, doce trabajadores y puede que más. Es lo que se sabe, de momento, y que no se podrá confirmar hasta que el fuego se haya dominado y se retiren los escombros.

—Lo dices como si me acusaras de algo, Savage.

—Savage o como se llame, deje a Flora tranquila y si quiere una entrevista, tendrá que pedírsela a mi cuñado que es el director-gerente.

Savage continuó, sin hacer caso a la tía de Flora.

—Lo que empieza en broma puede acabar en tragedia. Eso suele ocurrir con los incendios; muchos bosques han sido quemados de esa forma estúpida y criminal, pero lo de esta mañana yo diría que estaba preparado concienzudamente.

—¿Insinúas que ha sido un sabotaje?

—No tengo pruebas, pero apostaría nueve contra uno. La policía ya está investigando, hay demasiados incendios últimamente. Psicópatas pirómanos o astutos criminales muy interesados... Dile a tu padre que esta noche pasaré a hacerle una visita.

—¿Y si no te recibe?

—Le conviene recibirme. Voy a meter las narices en todo esto y cuando yo investigo, lo hago a fondo. ¡Ah! Y no me ha sorprendido averiguar que eres una niña rica, mimada y consentida que se pone a jugar a la in-conformista, a la rebelde, a la antisocial cuando tiene una mansión como ésta, criados incluidos, que la esperan a que termine de jugar.

Flora quiso replicarle, pero Savage les dio la espalda y salió de la casa sorprendiendo al portero que al verle, frunció el ceño y se le acercó, preguntando:

—¿Quién es usted, cómo ha entrado?

—Soy amigo del perro —respondió Savage señalando al. *Doberman pinscher* que se le acercó para recibir una de sus caricias.

Al poco, se escuchaba el rugido de la «Suzuki» alejándose por delante de la mansión de Flora.

CAPITULO IV

Cuando Moses P. Savage abrió la puerta del apartamento, entró Juanito Chancleta, que caminó recto hacia el sofá y se dejó caer, evidentemente cansado.

—¿Cómo ha ido, Juanito?

—Horrible.

—¿Te refieres al desastre de los laboratorios?

—Sí, allí no ha quedado nada útil, todo quemado, retorcido o reducido a cenizas. Luego iré a los hospitales y a la Morgue, haré listas. Todos los periodistas están en el asunto.

—¿Has podido tomar buena película?

—He quemado tres rollos, pero hasta que no estén revelados, no sé lo que habremos obtenido; sin embargo, creo que serán documentos espectaculares, mejores que los que den por la eurovisión esta misma noche.

—Nuestro reportaje ha de ser distinto al que se ofrezca por eurovisión; estamos haciendo una investigación y es posible que la policía también la haga.

—¿Quieres mi opinión, Savage? —preguntó el portorriqueño budoka.

—Naturalmente.

—Para mí que estaba preparado todo para reducirlo a cenizas, de otra forma no se explica la rapidísima propagación del fuego.

—¿Provocado?

—Para mí, sin duda alguna, pero nadie ha querido tocar este punto a las preguntas de los periodistas. Se habla del incendio de una luz, de la deflagración de una bolsa de gas provocada accidentalmente.

—¿Tú opinas que cerrarán el caso?

—Sí.

—¿Pese a esa docena de muertos y a los heridos?

—Sí, hay demasiados millones en juego. En estos asuntos, se procura no levantar la tapa; se abrirá la investigación rutinaria, el seguro pagará las primas y los accidentados percibirán su seguro de accidentes de trabajo, que en este país puede considerarse deplorable.

—Tenemos que demostrar que no ha sido un accidente.

—Va a ser difícil, Savage, muy difícil —opinó Juanito pesimista—. Hemos denunciado casos muy espectaculares en otras ocasiones, pero este resultado difícil de demostrar puede resultar. El fuego quema todas las pruebas, no queda nada y menos en un incendio de estas características y proporciones.

Savage iba a hablar cuando sonó el teléfono; ambos lo miraron y Savage preguntó a su compañero:

—¿Será Ricky?

—No creo; Ricky se ha ido y me ha dicho que luego vendría por aquí. Está cansado como yo, llevamos muchas horas de fuegos desde el de ayer por la noche hasta el de los laboratorios. Esta ciudad parece un infierno. Si la opinión pública no se levanta para pedir explicaciones, es que es una opinión pública muerta.

—Hay muchos países con la opinión pública muerta a bastonazos.

Savage había descolgado va el teléfono y respondía:

—¿Diga?

—¿Savage?

—¿De parte de quién?

—¿Eres tú Savage?

—He preguntado de parte de quién —insistió Savage.

—Savage —dio por identificado la voz—. Si vas a las cinco al bar El Tubo y preguntas por el Pepo, te dará noticias, sobre el fuego, que sé que te interesan.

Tras aquellas palabras, la voz gangosa y con un ligero tono sarcástico, dio por terminada la comunicación.

—¿Noticias? —inquirió Juanito al ver que Savage colgaba el auricular.

—Sí, un tipo que parece saber que estamos interesados por el fuego y ha localizado este teléfono.

—¿Te ha dado algún informe?

—Todavía no, pero espero que me lo dé. Tengo que ver a un tal Pepo en el bar El Tubo. —consultó su reloj y dedujo—: Me queda poco tiempo.

—¿No has pensado que puede tratarse de una trampa precisamente?

—Cuento con ello, pero quien no sale a pescar... ya sabes.

Savage abandonó el apartamento y un taxi le llevó hasta el bar El Tubo, ubicado cerca de los muelles en un barrio muy bullicioso y marinero. El taxista parecía conocerlo. El coche no podía entrar en la calle por lo estrecha que era, una calle de suelo adoquinado y, al parecer, eternamente húmedo.

Al bar se entraba descendiendo por una escalera. Tenía aires de gruta, y sogas y redes colgaban de las paredes. Ya, a las cinco de la tarde, el ambiente estaba cargado en aquel antro donde la luz era siempre artificial, pues era un sótano donde jamás entraba la luz del sol. Mediante unos tubos y unos extractores se renovaba el aire, pero los motores debían tener escasa potencia porque el ambiente era opresivo; mas los que estaban allí abajo parecían pasarlo bien, marineros y algunas mujeres que, sin duda alguna, eran furcias portuarias.

Savage se acercó al mostrador. Sus pantalones y cazadora tejana encajaban mejor en aquel ambiente que una chaqueta de lana de *cheviot,* pana o terciopelo.

—Oye, majo, ¿qué quieres tomar? —preguntó la moza del mostrador que

se acercaría a la cuarentena. Lucía un escote tan grande que sus encantos asomaban incontenibles.

—Una cerveza y...

—¿Buscas un ligue?

—¿Un ligue...? —repitió Savage, al borde de la sonrisa.

—Sí...

—Ando buscando a Pepo y no ligues.

—¡Ah, Pepo...! Pues allá lo tienes. —Señaló al final del mostrador donde había un hombre flaco, de piel aceitunada y ojos amarillentos que parecían apáticos. Frente a él había una botella de vino sin etiqueta y un vaso.

Savage se le acercó y al encarársele el tal Pepo, pudo ver su enorme nariz, una nariz que dominaba todo el rostro.

—Soy Savage.

Pepo llevaba una gabardina en su brazo izquierdo. La levantó y como respuesta, dijo:

—Te estoy apuntando con una pistola que hace pum, pum, daño, pupa.

Savage lo observó fijamente, sin miedo, como calibrando si merecía la pena cambiarle la cara y de narigudo transformarlo en chato; llegó a la conclusión de que si lo dejaba apto para las urgencias de una clínica de cirugía estética, no se iba a enterar de lo que le interesaba y decidió seguirle la corriente en forma mansa.

—¿Y qué hago para que no te pongas nervioso?

—Camina.

—¿Hacia la salida?

—No, hacia la puerta que hay detrás de mí, como si fueras al retrete.

—No irás a matarme en un lugar tan sucio, ¿eh?

—Camina.

Savage se encogió de hombros y avanzó hacia la puerta que indicaba Pepo cuando la moza del mostrador le llamó.

—¡Eh, la cerveza!

—¡Guárdala, ahora vuelvo!

Pepo le empujó en una especie de distribuidor y luego ordenó:

—La de la derecha y ten cuidado, el gatillo va muy suave. Sólo una presión del dedo y te meto un plomazo entre las costillas.

Cruzaron la puerta y pasaron a un corredor iluminado por una bombilla de escasísima potencia. Se escuchó el chillido de una rata. Savage avanzó hacia el final donde había unas escaleras ascendentes.

—¿Subo?

—Sí, arriba.

Subieron a lo alto, donde había una puerta que se abría con una cerradura que se cerraba mediante el simple empujón.

—Abre la puerta y sal.

Savase abrió la cerradura y salió al vestíbulo de una escalera oscura que olía a coliflor hervida.

—¿Y ahora?

—Afuera, vamos, afuera.

Salieron a la calle, un poco más amplia que la que daba acceso al bar El Tubo. Frente a la escalera aguardaba un gran camión de mudanzas de caja cerrada. Pepo sin dejar de apuntar a Savage, se acercó a la puerta posterior del vehículo y dio unos golpes con la mano.

Después de la contraseña, una de las puertas metálicas se abrió y el tal Pepo ordenó a Savage:

—Sube.

—¿Vamos de viaje?

—Sí, eso, de viaje. ¡Vamos, sube!

Savage, en la confianza de que terminaría por llegar hasta alguien que le hablara algo más que el propio Pepo qué no parecía muy parlanchín, subió de un salto al interior del camión. La puerta se cerró y pasaron los cerrojos.

En el primer instante, Savage vio a varios hombres sentados dentro del camión, muy amplio de caja, un camión para la mudanza de muebles. Al cerrarse la puerta, quedaron a oscuras.

Savage, quieto, esperó algún ataque que no se produjo. Todo estaba quieto allí dentro y nadie parecía tener ganas de charla.

Savage oyó el ruido del motor al ponerse en marcha; recibieron algunas sacudidas y, después, comenzaron a circular. Savage ignoraba en qué dirección, pero sí sabía que se había metido en la boca del lobo en su afán por averiguar algo.

Por el olor dedujo que los hombres, que eran cuatro, tenían que ser marineros. El aroma salobre del mar se había pesado a sus jerseys. Era un olor que se mezclaba al de bebidas baratas, vino mediterráneo, cerveza, grasa, aceites y una humanidad apestosa, con sudor corrompido.

Llevaban unos minutos circulando, cuando se encendió una luz en el techo, que les iluminó.

Savage pudo ver, entonces, las caras de los cuatro individuos encerrados con él, cuatro sujetos malcarados que posiblemente no eran ni del país. Podían pertenecer a algún barco en los muelles.

—¡Savage! —interpeló una voz que llegó a través de un pequeño altavoz —. No nos gustan los reporteros que meten las narices donde no les importa, pero esta vez te daremos un correctivo. Cuando te repongas, te vas al aeropuerto, coges un pasaje y te largas a tu América. Si te quedas, te haremos un traje de madera a la medida y eso, con mucha suerte, porque otros se quedan con uno de cemento y siempre resulta más frío y desagradable—la voz hizo una pausa, añadiendo, después—: Vosotros, dadle duro, pero no lo matéis.

Los cuatro tipos se fueron poniendo en pie; era como si se desperezasen.

M. P. Savage pudo observar que eran cuatro gorilas marinos, los habían escogido, por encima de los noventa kilos, a los cuatro.

Savage retrocedió un poco hacia uno de los ángulos para evitar que

ninguno, en principio, se le colocara a la espalda.

Los cuatro sonreían; para ellos era como un pichón. Un hombre alto, sí, pero más bien delgado y no tenía su corpulencia gorilesca.

Uno enrolló en su mano una cadena, dejando colgando unos eslabones. Otro, preparó una porra corta de cuero con contenido de plomo. Un tercero se colocó un anillo de acero para cuatro dedos que los unía y era de temer, porque daba una gran consistencia al puño. El cuarto se conformó con sus manazas, sin duda acostumbradas a cargar, objetos pesados, a mover cabos de cuerda y cadenas.

—Si le damos todos a la vez, lo matamos —opinó uno de ellos, con un extraño acento.

—Por mí no os preocupéis; los cuatro a la vez, o unoa uno, me da lo mismo, es cosa vuestra —objetó Savage sin alterarse.

Uno de ellos soltó una feroz carcajada que resonó dentro de la caja del camión que seguía rodando, dando bandazos de vez en cuando.

En aquel instante, Moses P. Savage adoptó la postura *kokutsudach i*de *Karate,* adelantó su pie izquierdo y también su mano izquierda. Era una postura principalmente defensiva, con un setenta por ciento del peso del cuerpo apoyado sobre la pierna de atrás. De esta forma, se dispuso a repeler el ataque de los cuatro gorilas.

La pelea iba a desarrollarse en un lugar más difícil que un *ring.* Aquello era una caja sin escapatoria, alguien tenía que vencer por completo y mientras, el camión continuaba rodando. De pronto, pisaron el freno, seguramente por un semáforo, y el gorila que sostenía la cadena vaciló.

Kiaiiiii...

El *kiai* silencioso de Savage hizo su efecto. Fue como una onda invisible que golpeó los oídos y también los ojos de los cuatro marineros, que se vieron sorprendidos por aquella fuerza ignorada, brotada de lo más hondo del *Kiai* de Savage, que lanzó su mano contra el que tenía la porra. Pero, el que se llevó una *patada látigo* frontal fue el de la cadera... El *mae-geri*fue encajado en mitad de la cara, lo que le envió al suelo rebotando contra el piso de madera.

—¡Cerdo!

El que acababa de rugir era el que llevaba los dedos protegidos por el cuádruple anillo de acero. El puño así armado fue a buscar la cabeza de Savage, que desapareció en el espacio y el puño golpeó contra la pared que comunicaba con la cabina. La tabla de madera se partió, haciéndose un agujero.

Savage se filtró entre ellos colocándose a su espalda y al Hacerlo, aprovechó para propinarle una patada con el pie, en *ashigatana* en el mentón al que había caído y que ahora, al ser alcanzado por el punterazo, va no podría levantarse en un buen rato.

—¡A por él! —rugió el que tenía las manos vacías.

Kiaiiiii...

Savage voló por el aire y consiguió propinar un codazo, de atrás adelante,

al que tenía a su izquierda y que era quien iba con la porra mientras el que había quedado a su derecha encajaba una patada entre las cejas que le envió contra uno de los ángulos de la caja.

Los golpes producían un terrible estruendo allí den-tío, parecía que las paredes fueran a reventar de un momento a otro.

El camión, exteriormente, era metálico, aunque dentro los refuerzos eran de gruesos listones de madera que servían para sujetar la mercancía.

Moses P. Savage era consciente de que no resultaría fácil dejar fuera de combate a aquellos cuatro hombres fornidos, capaces de resistir verdaderos mazos en sus músculos trabajados, durante años, en las duras labores de la marinería mercante.

El de los anillos logró alcanzarle y lo envió contra la puerta en la que Savage rebotó; pero...

Kiaiiiii...

Aquel nuevo *kiai,* sentido, aunque no oído, hizo retroceder un tanto a los gorilas.

Savage saltó, cogiéndose a una de las maderas del techo. Se dobló sobre sí mismo y golpeó con los pies a la vez contra el techo, reventando unas maderas y levantando parte de la plancha. Dejó caer sus pies hacia abajo y volvió a subirlos para arremeter otra vez contra el techo, que creía el punto más débil.

El techo del camión, visto desde el exterior, semejaba ya una lata de sardinas que estuviera siendo abierta desde dentro.

Uno de aquellos gorilas consiguió atraparle en un brutal abrazo por la cintura para obligarle a descolgarse. Savage se soltó de manos y le propinó un doble *haito-uchi.* Las dos manos cayeron sobre las venas carótidas del atacante con un efecto fulminante, cortando en seco la circulación de sangre hacia el cerebro.

Los cantos de las manos de Savage fueron rápidos, efectivos; el tipo se vino abajo, pero lo arrastró consigo.

—¡Ahora te daré yo!

El de la porra se le echó encima y Savage propinó un codazo de delante hacia atrás, el *ko-empi.* Con gran sorpresa del atacante, le alcanzó en mitad de la boca, pero no fue el único golpe, porque el brazo se extendió y un mazazo le dio de lleno en la oreja.

—¡¡Aggg!!

Cuando Savage consiguió ponerse en pie, solo quedaba uno de los agresores. Era el que tenía las manos vacías y al ver a sus compañeros tendidos, sangrando por boca y orejas, retrocedió hasta la pared de la cabina.

—¡Eh, eh, que ése me mata! —chilló, temiendo enfrentarse él solo a Savage.

Savage tornó a columpiarse hacia lo alto y cargó de nuevo contra el techo. Este se abrió como un libro, entrando un aire fresco que silbó con el roce de la plancha metálica.

—¡Idiota, atrápale...! —rugió Pepo, desde la cabina, mientras trataba de asomar el cañón de la pistola.

Aquel tipo vaciló y Savage le asestó un talonazo en mitad de la frente contra el agujero por donde asomaba el arma. Se escuchó un ¡chasc!

Savage comprendió que debía salir aprisa o lo coserían a balazos dentro de aquella caja, en la que se hallaba encerrado como dentro de una celda. El camión circulaba rápido ahora, por lo que dedujo que estaban ya fuera de la ciudad, por alguna carretera.

Savage, abierto ya el techo, se filtró por el orificio y subió hacia lo alto del camión. Sonaron dos disparos más; uno se fue por el agujero abierto y el otro, perforó la chapa.

Savage se vio en mitad de una carretera. La circulación no era excesiva, pero había coches y camiones que venían en dirección contraria y los que seguían y precedían al camión. La situación era muy peligrosa. El camión de Pepo circulaba a noventa kilómetros hora con mucha facilidad, ya que no llevaba peso alguno.

Notando la fuerza del viento contra su rostro, contra su cuerpo, Savage saltó sobre la cabina del conductor, golpeándola fuertemente con sus pies hasta abollarla. Aquello hizo que desde el interior le replicaran con un disparo.

La bala cruzó el techo y rozó el rostro de Savage, quien alzó su pie derecho y lo bajó luego con fuerza, asestando un talonazo contra el cristal parabrisas.

Sin llegar a verlo, tuvo la certera de que había estallado el cristal. En aquel momento, Savage volvió a trepar a lo alto de la caja del camión. Corrió hacia la parte posterior y dio un fuerte salto que dejó atónitos a los conductores del camión que les seguía y que le vieron volar para caer encima de ellos.

Los camioneros pisaron el freno cuando ya Savage se lanzaba en plancha desde el segundo camión sobre la lona de un tercero que transportaba arena y que iba en dirección contraria, de regreso a la ciudad.

Cuando Savage alzó la cabeza, pudo ver el camión de Pepo saliéndose de la carretera justo a la entrada de un puente. Dio varias vueltas de campana para terminar en el río.

Savage se estiró sobre la lona que ocultaba la arena y se dejó llevar de vuelta a la urbe. Comenzaba a oscurecer.

CAPITULO V

El automóvil «Daymio» se salió de la calzada, enfrentándose con la reja de la mansión de moderno corte arquitectónico. Encendió los faros al máximo de su potencia y dio un par de claxonazos.

El perro *doberman pinscher* emitió unos ladridos y apareció el portero, acercándose al coche. Savage bajó el cristal de su portezuela y encarándose con él dijo:

—Me llamo Savage y tu patrón me estará esperando.

—¡Oh, sí, señor Savage!,

M. P. Savage aguardó a que le franquearan la verja con su aran «Daymio» rodó hacia el interior de la residencia. Detuvo el coche frente a la casa, junto a otro va estacionado. Dedujo que había visitas y tuvo el presentimiento de que aquél era el coche de un policía, pero no un coche oficial. Dejó el «Daymio» y al acercarse a la puerta, salió a su encuentro un hombre correctamente trajeado con un temo gris oscuro. Su rostro era grave.

—¿El señor Savage?

—Sí.

—Soy el secretario del señor Esplai; me ha pedido que le ruegue...

—Nada —le cortó Savage apartándolo con el antebrazo y penetrando en la casa.

—¡Eh, oiga, que ahora no puede recibirle!

—¡Savage!

Se volvió hacia la voz femenina que acababa de interpelarle, una voz preocupada e incluso triste.

—¡Hola, Flora! Te dije que volvería y ya ves, vuelvo. Creo que tú y yo tenemos que hablar.

—Señorita Flora, su padre me ha dicho que le ruegue al señor Savage que vuelva mañana. Hoy es un día de luto y de preocupaciones, no es apropiado para atender a los periodistas.

—Déjalo, Francis, yo me ocupo de él.

—Está bien, señorita Flora, pero bajo su responsabilidad —gruñó el secretario.

—Gracias por salir en mi ayuda —rezongó Savage, irónico.

—Ven a la biblioteca. Papá está en el despacho, hablando con el jefe de policía. —¿Problemas?

—No, simple rutina. Ha sido un siniestro trágico, pero accidental. Ven.

Flora le condujo a la biblioteca y cerró la puerta a su espalda.

Savage se encaró con la muchacha, que vestía un traje discreto azul grisáceo de falda plegada y corte impecable.

—No pareces la misma que encontré tratando de quemar un cementerio de coches viejos. Incluso, tu lenguaje no será el mismo, supongo.

—¿Vas a contarle todo a mi padre?

—¿Qué es todo para ti?

—Pues, lo que tú viste, mis amigos, mi forma de vestir...

—¿Por qué llevas esa doble vida? —Me gusta, aquí me aburro.

—¿No vas a la Universidad?

—Sí, pero sólo unas horas por la mañana. En fin, es un pretexto, para qué engañarte; ya he repetido curso, pero seguramente este año no repetiré.

—¿Has estudiado más?

—No, mejor diría que confío en las influencias de papá.

—Me das pena, Flora.

Ella se sentó sobre la larga mesa de la biblioteca y sonrió casi con amargura. Su mirada no se desvió de Savage, aunque no le miraba recto sino de lado.

—Como yo hay muchas chicas en este país, y también chicos.

—Pues, vaya futuros hombres gobernarán vuestro país.

—La verdad es que a mí tampoco me gusta todo esto. Los padres están siempre metidos en negocios y ganan mucho dinero para costear todos nuestros caprichos.

—Pero a Vosotros no os basta.

—No. Aunque le cuentes a mi padre lo que hice, dirá que sólo es una chiquillada y que el curso que viene no me compra un coche deportivo. Así se arreglará todo.

—Comprendo.

—Mi padre sólo está preocupado por una cosa.

—¿Tu virginidad?

—Pues sí, ya sé que le vas a reír y que es propio de una sociedad burguesa, pero sí, y no por él, sino porque no desea que cuando llegue el momento de aparejarme, la familia escogida, que sin duda también será importante, no pueda rechazarme.

—¿Y eres virgen todavía?

—¿A ti le importaría?

—¿El qué?

—Pues, que ya no fuera virgen.

—A mí, concretamente, no me ha de importar.

—Entonces, ¿para qué lo preguntas?

—Por saber hasta qué punto llevas tu doble vida.

—Has tenido tu oportunidad para averiguarlo por ti mismo.

—¿Y piensas que la he desaprovechado?

—Soy joven y dicen que no estoy mal. Cualquiera, en tu lugar...

—No me gusta la fruta demasiado verde, está acida. Ahora, cuando se marche la policía, le dices a tu papá que quiero hablarle. Por cierto, se me había olvidado una pregunta.

—¿Una pregunta que yo tendré que responder? —interrogó disimulando que se sentía molesta, juntando sus piernas de forma que se ponía más que sugestiva, provocativa, aunque sabía que no era fácil seducir a Savage. Él ya la había tenido a su merced y se había limitado a masajearla hasta conseguir que se durmiera.

—Sí.

—Pues, pregunta, pregunta.

—Has llamado a Piero, ¿verdad?

—¿Por qué tenía que llamarlo?

—Porque por lo menos Piero, y no sé si los otros también, son unos tipos de cuidado.

—No te entiendo —replicó ella, siempre con sarcasmo, y en el fondo molesta, porque no conseguía dominar la situación.

Era una chica mimada y caprichosa, acostumbrada a hacer siempre o casi siempre su santa voluntad. Su padre, al parecer, había arrojado la toalla y se limitaba a darle consejos, que ella no debía escuchar, y también dinero para satisfacer sus caprichos.

—Sabes muy bien de qué te hablo. Tú le has contado a Piero lo que sucedió, le has dicho que voy a investigar y le has contado dónde tengo el apartamento, por eso ha podido encontrar mi teléfono.

—Voy a avisar...

—Un momento, Flora. Tu amigo tiene otros amigos, es decir, tenía. Han querido terminar conmigo, pero les ha salido mal. Me gustaría saber hasta qué punto sabías tú lo que querían hacerme.

—No sé nada, nada, no sé ni de qué me hablas.

—Cuidado, Flora; pareces una muchachita, pero ya tienes edad de comprender en qué líos te metes, jugando, jugando. No sé si tu padre tendrá suficiente influencia en ese país para evitar que te juzguen por complicidad en varios crímenes.

— ¡En este país no estamos tan corrompidos! —protestó Flora.

—Eso sólo son opiniones, he conocido a tipos que mientras daban bastonazos a los que consideraban sus lacayos me hablaban de su filantropía y buen carácter, de su humanidad y de los derechos humanos que respetaban. De todos modos, existe una justicia.

—Sí, ya, la del otro mundo.

—Veo que en esa justicia del otro mundo no crees y yo no te iba a hablar de ella, sino de la justicia denuestra propia conciencia. En una ocasión, en Indochina, un viejo me explicó que la forma para que un, digamos criminal, cobrara conciencia de lo que había hecho al cortar la vida de un semejante, era encerrarle en una celda con luz y el cadáver de su víctima hasta que oliera mal

y comenzara a corromperse.

—¡Calla, calla!

—No te gusta, ¿verdad? Crees que todo es un juego, un juego el incendio de esta mañana; pero ha habido muertos, gente a la que se le retorcía la piel al abrasarse, gente que aullaría de dolor y pánico, gente carbonizada. Eso no es un juego, Flora, no lo es, y la verdad, espiritualmente y pese a tu doble vida, te considero todavía virgen y me gustaría que cobraras conciencia de lo que haces.

Fluía, que no podía salir de la biblioteca porque Savage se lo impedía con su cuerpo delante de la doble hoja de madera, le pidió:

—¿Me dejas salir?

—Sí, creo que ahora ya sabes que todo no se arregla con trajes de medio luto y unas declaraciones a la televisión nacional poniendo cara de pena.

Flora le lanzó una mirada- que era una auténtica puñalada. Luego salió y al poco regresó el secretario que tenía el ceño fruncido tras el puente de sus gafas de granconcha.

—Señor Savage, el señor Esplai le recibirá, pero solamente unos momentos.

Moses P. Savage pensó que no valía la pena darle una réplica a aquel tipejo y le siguió. Flora no estaba, parecía haberse esfumado. Le hicieron pasar a un regio despacho con bastantes cuadros y un gran tapiz de finales del diecinueve. El suelo no estaba enmoquetado, sino cubierto por una alfombra gigante con dibujos persas o quizá turcos.

Tras la mesa de caoba cubana se hallaba sentado un hombre que se conservaba bien pese a sus cincuenta años, quizá sólo tenía algunos kilos de más. Conservaba mucho pelo sobre la cabeza, un pelo casi rizado que debió ser negro y ahora estaba salpicado por muchas hebras grises que debían parecer muy interesantes a sus amantes, que sin duda las tenía, aunque de ellas debía hacer un mundo aparte de su hogar, ya que cuidaba mucho su imagen externa.

Tras él colgaba un cuadro, un retrato de cuerpo entero de una mujer muy hermosa de cabello rubio y que se parecía a Flora.

—¿La madre de Flora? —preguntó Savage a guisa de saludo.

—Sí. ¡Ejem!, creo que ha demostrado usted una gran insistencia en entrevistarse conmigo y le rogaría que fuera breve. Tengo muchos problemas como usted ya sabrá. Ha sido una catástrofe, tengo que partir dentro de unos instantes hacia el hospital para visitar a los heridos y mañana, a primera hora, debo asistir al entierro de las víctimas y entrevistarme con sus familiares.

—Sí, comprendo muy bien todos sus problemas, señor Esplai, pero...

Savage no parecía tener prisa; se acomodó en la butaca y no en la forma como podía hacerlo el que fuera a pedir un favor o un empleo mientras el secretario se había situado tras otra mesa próxima a la puerta y le miraba de reojo.

—He oído que la empresa estaba bien asegurada.

—Así es; existen varias pólizas que cubren los riesgos.

—Me lie informado, señor Esplai. —Ya.

—Verá, sé que las pólizas no cubren todo globalmente.

—Eso no es cierto, hay una póliza global.

—Sí, pero esa póliza es baja; en cambio, existen otras pólizas impuestas por los accionistas.

—Aunque así sea, las primas cubrirán el siniestro.

—Pero no a todos los accionistas. Más del cuarenta por ciento de los accionistas recibirán una indemnización por el siniestro, que será tan baja, que para ellos resultará un *crack.* No podrán ir a comprar acciones a otra parte.

—Eso no es cierto, la empresa resurgirá de sus cenizas.

—Sí, como el ave fénix y después de volar se daráel tortazo. No, señor Esplai, yo ya he visto demasiado cosas.

—No le entiendo, señor Savage.

—Yo diría mejor que no quiere entenderme —suspiró Savage—. Me temo que van a aprovechar el incendio para hacer desaparecer la empresa y según las leyes de este país, echar a todos los empleados a la calle sin indemnización alguna. Ellos pasarán a engrosar el gran batallón de los parados, que no sólo abruman a este país, sino a toda Europa. Hay mucho paro y la gente tiene pánico a quedarse sin trabajo porque en todos los países los Seguros Sociales no son iguales.

—Su entrevista ha terminado, señor Savage, le ruego que se marche —dijo el padre de Flora, poniéndose en pie con aires de dignidad ofendida.

—No tan aprisa. Usted sabe que la empresa no se va a recobrar. Usted es el director-gerente, e incluso posee acciones que vienen del inicio de esta empresa, antes de que llegara dinero fácil del exterior, dólares americanos y el paquete mayoritario de acciones dejara de ser suyo. Es posible que sus acciones queden cubiertas por la póliza de seguros; es más, es muy posible que los terrenos de la factoría estén a su nombre y disuelta la empresa, desaparecida jurídicamente, usted, como propietario individual de los solares, pueda convertirse en empresario inmobiliario, de modo que no habrá perdido nada. Dejará de elaborar productos químicos, especialmente para materias primas de farmacia, y se convertirá en vendedor de pisos y locales comerciales para oficinas. Los tiempos cambian y los negocios también, sólo que el cambio se va a hacer a costa de unas víctimas, de unos hombres y mujeres que han dejado su piel quemada, pegada al pavimento de la factoría de Hipócrates, S. A. ¿Qué le parece, señor Esplai?

—Es usted un demagogo, seguramente, y buscará el reportaje escandaloso.

—Estoy acostumbrado a que digan que mis reportajes son de escándalo, de prensa amarilla. No me importa, porque los que suelen calificarlos así son los denunciados y los reaccionarios que prefieren no ver la realidad mientras no les afecte directamente.

—Si lo que quería era venir a insultarme amparándose en que es un reportero americano, ya lo ha hecho, pero no ha conseguido los efectos que

deseaba. Cree que tiene patente de corso, pero no es así.

—Sólo falta que añada que ofende quien puede y no quien quiere. Mire, señor Esplai, tengo motivos para sospechar que el incendio de su factoría no ha sido fortuito, lo mismo que otros incendios que se han producido en su ciudad.

—Si de verdad tiene pruebas, ¿por qué no acude a la policía?

—Pienso que con lo que puedo ofrecer en estos momentos no conseguiría mucho. El jefe de policía hace poco que ha estado aquí.¿Se atreverá a decir ahora que la policía esta corrompida?

—No he dicho tal cosa; la policía no está corrompida, los que se pueden corromper son algunos de sus miembros, que es muy diferente. Pero no he venido a juzgar la acción de la policía; sólo quiero hablar de los incendios y de sus víctimas. No es lo mismo que un siniestro sea por causas fortuitas (y si me apura por fallos producidos por un mal mantenimiento de las instalaciones); no, eso sería diferente a lo que yo pienso que ha ocurrido.

—Está haciendo usted acusaciones muy graves e intolerables para mí. Márchese o haré que le echen.

—No pierda la compostura, señor Esplai. Me voy, pero estoy seguro de que volveremos á vernos. No pararé hasta que tenga el reportaje completo. Opino que es una maniobra muy sucia en la que se juegan muchos millones y las víctimas son lo de menos. Por cierto, ¿no es el financiero estadounidense Hardman el que posee la mayoría de las acciones de este laboratorio?

Savage no esperó respuesta; Esplai estaba pálido y así le dejó, saliendo de su despacho.

Savage abandonó la mansión con la certeza de que Flora le observaba desde alguna parte, aunque no la viera. Subió al «Daymio» y se alejó de la casa en dirección a la verja. El *doberman pinscher,* ignorante de lo que ocurría, le esperaba con ojos amistosos.

CAPITULOVI

Flora se quitó sus elegantes y discretas ropas y se calzó unos ajustados pantalones amarillos. Se echó un grueso jersey rosa por encima, cubriéndose el dorso que presumía de llevar sin arneses ni sujeciones corseteras porque podía estar orgullosa de la tersura de su piel y de sus músculos, especialmente de sus pechos jóvenes y erectos.

Con sigilo, bajó por una escalera de emergencia que daba a la cocina; se disponía a salir de la casa cuando la sorprendió su tía.

—Hija, ¿adónde vas?

—A tomar el aire.

—Hija, Flora, ¡qué colores! ¿De dónde has sacado esas ropas?

—Las compré en unos almacenes.

—Pero, Flora, ésa no es ropa digna de ti.

—¡Por favor, tía! —la besó en la mejilla y se dirigió a la puerta.

—Chiquilla, ¿adónde vas de noche; estás loca?

—Si no salgo, lo estaré pronto.

—¿Y si se entera tu padre? Tengo que cuidar de ti, vuelve a tu habitación.

—¡Adiós, tía!

La tía de Flora semejaba ir a estallar de un instante a otro, se le habían encendido las mejillas como si fuera víctima de una apoplejía. Entre las dos mentalidades había años-luz de diferencia.

Flora se dirigió al garaje donde había tres coches montó en un utilitario. Las llaves estaban colocadas enel contacto, sólo tuvo que cerrar la puerta y dar vuelta a la llave.

De inmediato, los faros vomitaron luz contra la pared. Con el embrague apretado, puso marcha atrás. Soltó el embrague lentamente y el coche salió del garaje. Hizo una maniobra y se encaró con la salida. Ya llegaba cuando tocó el claxon con insistencia, pero en la forma que solía hacerlo siempre desde que había podido conducir su primer coche.

El portero se apresuró a abrir la puerta y a saludarla tocándose la visera de la gorra.

El perro hubiera deseado poner las patas sobre el cristal, pero se abstuvo debido a la velocidad con que salió la joven de la residencia. El animal dio un par de ladridos de protesta.

Se alejó del barrio residencial y rodó, rápida, sobre el asfalto oscurecido

por la noche y salpicado a trechos por la luz de las farolas, dirigiéndose al distrito de la burguesía media, donde se elevaban edificios más o menos lujosos, pero que estaban lejos de ser las residencias de los poderosos.

Allí acudían los comerciantes que se ganaban la vida, los altos empleados de la banca y las administraciones en general; gente surgida de los distritos de la burguesía baja, a base de pisar a sus semejantes y adular a los poderosos, de ofrecer un aspecto más juvenil, aunque fuera a base de peluquines y masajes faciales en institutos de belleza unisex, hombres y mujeres a lo peor empeñados de por vida para poder pagar los altos precios que para pertenecer a aquel lugar se les exigían.

Las viviendas no valían tanto en sí mismas, es decir, en materiales y trabajo personal, pero se cobraban precios muy altos porque así se garantizaba que los obreros no se mezclarían con ellos. Era la nueva casta que ya se creía flotando sobre las nubes del triunfo hasta que les llegaban las órdenes de los verdaderamente poderosos que los colocaban en su sitio.

En aquel distrito, especialmente en dos largas avenidas, se abrían muchos bares y discotecas.

Flora aparcó, pisando un paso de peatones y subiendo la mitad de su pequeño utilitario en la acera. Dejó el vehículo y se metió en una discoteca de juventud. Era un local bullicioso, de precios altos, ruido ensordecedor y luces psicodélicas.

Era una forma física de segregar a la gente madura, hombres mujeres, que ya no podían resistir aquel bombardeo de ruidos y luces que provocaban dolorosas jaquecas y sensación de nerviosismo y disgusto. Había que tener los ojos, los tímpanos, el esqueleto y el cerebro, a prueba de todo para pasarse mucho tato allí dentro sin verse obligado a tomar algún tranquilizante al uso.

Sólo ojos acostumbrados a aquella sala bulliciosa donde se reía, se bebía y se charlaba, con más parloteo que el que podía brotar de una pajarera repleta de periquitos, podían localizar a alguien concreto.

Flora avanzó algunas mesas, intercambiando saludos coa conocidos. Descubrió a Piero subido a una de las plataformas de «go-gos» bailando solo, contorsionándose como podría hacerlo un profesional del espectáculo. No era fácil reconocerle, pero Flora lo identificó de inmediato por la voluminosa peluca que llevaba sobre su cabello natural. La peluca, peinada al estilo afro con miríadas de ricitos, era además muy larga, caía sobre los hombros. Su color también resulta muy llamativo, rubio platino con reflejos rosados.

— ¡Flora! —llamó una voz.

Volvió la cabeza y en una mesa vio a Berto y a Teo, acompañados de una chica de mirada extraviada, una mirada de drogadicta en pleno «viaje».

—¡Hola! —les saludó sentándose a la mesa—. ¿Qué le pasa? —preguntó señalando a la muchacha que bamboleaba la cabeza como siguiendo el compás de una música demasiado rápida para sus movimientos, aunque, en realidad, se movía al compás de la marea que reinaba en su mente.

—Está idiota, no resiste nada. Anda, Teo, llévatela —le pidió Berto.

—¿Adónde? —interrogó Teo.

—Adonde te dé la gana, a la mierda, siéntala en el retrete... ¿Qué más da?

—Hum, si tú eres el que la...

Una furiosa mirada de Berto bastó para que Teo silenciara sus protestas. Este cogió a la chica por un brazo y dijo:

—Vamos.

—¿Adónde? Tengo sueño.

—Vamos, que te voy a dar el biberón.

—Dámelo, dámelo —pidió ella, chupando al aire algo que sólo existía en su imaginación.

—¿Qué le habéis puesto en la bebida? —preguntó Flora, molesta.

—Nada, ésa pide un combinado y luego no lo aguanta —mintió Berto. Clavando sus ojos en Flora preguntó—: ¿Cómo te fue con aquel tipo del *Karate?* Menuda fiera, ¿de dónde ha salido?

—¿Te hizo daño?

—Por poco me mata. Por suerte, me había recuperado cuando volvisteis tú y él. Os vi, pero estaba escondido dentro de uno de aquellos coches apestosos. No dirías nunca a qué huelen.

—Pues, a grasa, a gasolina.

—No, huelen a caca y a meadas de gato, ¡puaf!

—No seas guarro.

—Mira, ahí viene Piero, ya se cansó de mover el esqueleto.

Piero, percatándose de la llegada de Flora, concluyó sus contorsiones. Sudaba cuando se acercó a la mesa y se sentó junto a la muchacha.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo te sientes esta noche?

—Piero, quería hablar contigo.

—Sí, ya lo supongo. Después de todo lo que está pasando tu padre; pero, no debes preocuparte, él tiene los riñones bien cubiertos, tú seguirás siendo la niña mimada y no te faltará la plata.

—Piero, no me gusta lo que dices.

Él se la quedó mirando con los ojos muy abiertos ***y*** aires de zorro. Luego estalló en una burlona carcajada.

—¿Qué te pasa, Flora? ¿Te hizo algo ese tipo, el reportero americano? No creo, ¿verdad que no?

—No.

—Ya lo suponía, él pretendía cogernos a nosotros, a Berto, a Teo o a mí. Es un buscamierdas, nada más.

—Piero, ¿tú has ido a buscar al reportero?

—¿Yo a buscarle; y para qué? ¿No me has dicho por teléfono que estabas bien, para qué iba a buscarlo? ¿Qué te ha contado ese tipo, has vuelto a verle?

—Sí, ha estado en mi casa esta misma noche.

—Vaya, se pone pesado. ¿Y qué busca?

—Insinúa que la factoría de mi padre no se ha quemado sola.

—¿Y qué, acaso es policía?

—No, no lo es, pero va haciendo acusaciones.
—¿Contra quién?
—Piero, Piero, se me está calentando la cabeza, no entiendo nada y empiezo a temer mucho.
—¿Te pido algo fresco? —le preguntó Berto.
—Sí, con mucho hielo, creo que me hace falta.
—Voy a buscarlo. —Berto se detuvo un momento para advertirle confidencial—: Que ningún fotógrafo te saque una instantánea, ahora, aquí; tu padre está visitando a las víctimas.
—No seas idiota, Berto, los periódicos van a publicar sólo lo que el padre de Flora quiera.
—No me gusta lo que dices, Piero —le objetó Flora, sombría.
—¿Por qué? —preguntó, entre asombrado y burlón—. Si es la verdad, nada más que la verdad y tú lo sabes.
—Quizá por eso.
—Vamos, pequeña, no pareces la misma, esa chica radiante que tenía ganas de vivir, de volar, de ser como un pájaro.
—Piero, ¿me juras que no has tenido nada que ver con el incendio de la factoría de papá?
—¿Yo, pero es que acaso lo dudas? Por poco me mato por culpa de ese tipo que anda husmeando en todo... Ese sujeto es un especialista del karate y, por lo visto, ha sabido convencerte de lo que él quería meter en esa linda cabecita.
—Nadie me ha de convencer de nada.
—¿Y pasaste toda la noche con él?
—No te pases.
—Sólo preguntaba, porque si pasaste la noche con él supongo que no la pasarías hablando.
—No desvíes la conversación, Piero. Te he pedido que me jures que nada tienes que ver con el incendio.
—Sólo tu exigencia me ofende.
—A ti te gusta el fuego, te gusta mucho, se te iluminan los ojos cuando lo ves.
—Sí, me gusta y me atrae el fuego; es algo que comenzó siendo niño. Recuerdo que le robaba las cerillas a mi padre y las encendía con gran placer, pero a la mayoría nos atrae el fuego, como a las mariposas. A Berto también le gusta el fuego, y a Teo y a ti, confiésalo.
—¿A mí? —quedó pensativa unos instantes y después musitó—: Me da miedo el fuego, sí, me da miedo.
—Bueno, lo que da placer también puede dar miedo. A mí me gusta el fuego, pero no me rociaría de gasolina y me prendería fuego después; me gusta sólo verlo.
—El fuego puede ser hasta hermoso, lo confieso, pero ¿y sus víctimas?
—¿Las víctimas? Vamos, no dramatices, nosotros sólo fuimos a quemar un

coche viejo, un coche del que sólo se aprovecharían los hierros.

—¿Un coche? Si hubiera ardido bien, ahora que lo pienso, habría ardido todo aquel recinto repleto de coches, unos encima de otros. Los bomberos tenían mucho trabajo donde había vidas que salvar, en aquellos apartamentos baratos donde la gente se tiraba por las ventanas huyendo de morir abrasados.

—Sí, fue un espectáculo lamentable. Recuerdo que nos fuimos porque queríamos fuego sin víctimas, ¿no es eso?

—Los bomberos no habrían podido acudir y hubiesen ardido todos los coches.

—¡Si son chatarra, querida, sólo chatarra para la fundición! ¡Sólo les habrían ahorrado problemas!

—Se habría llenado todo de fuego y humo y no lejos de allí vive gente.

—¡Bah! Basura, carne de trabajo.

—Lo dices de una forma...

—Tu papaíto lo piensa así.

—¡No, él no es así!

—Te engañas y no quieres verlo como realmente es. ¿Acaso eres una Electrita? Después de todo, como tumadre está muerta, no habría problemas.

Flora sintió que le chispeaban los ojos y le dio unabofetada a Piero, el cual acusó el golpe, más queen lamejilla en sus ojos, que por un instante despidieron odio. Supo reponerse con rapidez y sonrió.

— Estás muy nerviosa, querida, ya te he dicho quehas cambiado mucho, claro que las circunstancias hay que tenerlas en cuenta.

—Aquí tienes tu vaso, Flora —le dijo Berto, entregándole un vaso de bebida con mucho hielo como pidiera la joven.

—¿Has visto, Berto? Flora está muy nerviosa y también triste. Ah, todavía la recuerdo cuando se presentó aquí con sus amiguitas, todavía unas colegialas deinternado de monjas, no te digo, y siempre tan alegre... Pero ahora la haremos reír.

Sacándose la enorme peluca rizada de cabello platino con reflejos rosados, la puso encima de la cabeza de Flora, cubriéndole el rostro por un instante.

—¡Quieta!

—Bueno, bueno —rezongó Piero echándose hacia atrás y recuperando la peluca con la que cubriera por unossegundos el rostro de Flora. Su acción fue rápida y posiblemente calificada de estúpida.

— ¡Payaso!

Piero se rió del insulto de la joven, pero lo que éldeseaba ya estaba conseguido. Había dejado caer unos polvillos en el vaso de Flora que por la acción de laluz bombardeante y de colores, el psicodelismo que allí reinaba, no pudo ver ni siquiera Berto.

Piero se arrellanó luego, plácidamente, en su butaca y se dispuso a esperar que la droga que acababa de verter en el vaso de Flora surtiera sus efectos.

No pasaron muchos minutos antes de que a Flora comenzara a faltarle la respiración, haciendo inspiraciones muy profundas mientras los párpados se le cerraban, se le cerraban...

—Flora, ¿tienes sueño?

CAPITULO VII

Hastian era un marinero alto, fornido, su aspecto transpiraba solidez.

Un jersey negro, de cuello alto, se ceñía a su cuello de buey. Los puños estaban encallecidos por los nudillos; aquel marinero había llegado a ser campeón continental de los pesos pesados.

Bastían anduvo aprisa hasta llegar a la pasarela del yate con bandera norteamericana Grand Canyon. Teo le salió al encuentro.

—Tienes mala cara, Bastían. ¿Qué pasa?

—Hay un tipejo por ahí, un pequeñajo que hace demasiadas preguntas.

Teo miró hacia el interior del vate como para comprobar si había alguien, mas sólo vio una luz que empujaba a la oscuridad nocturna hacia el exterior.

—¿Qué clase de preguntas?

—Preguntaba por *el*americano.

—¿Qué americano?

—¿Quién va a ser? El millonario.

— Espera aquí... ¿Cómo has dicho que es ese tipo?

—No levanta dos palmos del suelo y es muy delgado, parece centroamericano, portorriqueño o algo así.

—Espera.

Teo penetró en el yate, pasó por el saloncito y llamo a la puerta del camarote-suite.

—¿Qué pasa? —gruñó una voz cargada, quizá bronca.

—Míster Hardman, tengo que decirle algo.

—Está bien, está bien.

Se abrió la puerta de madera. Teo, que era más alto que el propio Hardman, pudo ver sobre la cama a la chica drogadicta que él mismo había sacado de la discoteca. Ahora gemía y se hallaba desnuda. Tenía unas marcas en la espalda que podían ser arañazos y posiblemente algunos morados.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada, tonterías de juego. ¡Ah!, luego te la llevas. Sabes escoger, Teo, la chica me ha complacido, pero no quiero que esté por aquí cuando se le despeje la sesera.

—No se preocupe, me la llevaré y no sabrá dónde ha estado.

Hardman se anudaba la bata con que cubría su desnudez de hombre ya con más años de los que deseaba con más carnes de las que le aconsejaba su médico personal.

—¿Y ahora qué querías?

—Un tipo anda preguntando por usted.

—¿Un tipo americano?

—Es un tipo pequeño, parece portorriqueño.

—¿Y qué quiere?

—No lo sé. Yo se lo decía a usted por si...

—Bien, espera. —entró de nuevo en el camarote-suite y sacó un fajo de billetes—. Toma, la mitad para ti y reparte el resto entre unos cuantos tipos, búscalos tú mismo.

—¿Tipos para darle una paliza al preguntón?

—Sí, no quiero que nadie sepa que estoy aquí, ni siquiera este yate es mío sino de un amigo, estoy de incógnito. No quiero que se sepa de mí, de modo que arreadle.

—¿Hasta qué límite?

— No quiero saberlo, es cosa vuestra, pero que yo no tenga nada que ver.

—Bien, míster Hardman, voy a dar la orden y luego vengo a recoger a la chica.

—Mañana me traes otra igual pero más jovencita, ya me entiendes.

—Claro que le entiendo y no se preocupe, a las discotecas y *pubs* acuden colegialas que buscan diversión, sólo hay que saber escoger.

—Pero, nada de líos —recordó tajante.

—Nada de líos, míster Hardman, las traeré ya en pleno *viaje*. En realidad, para ellas todo será como un sueño, claro que cuando despierten, bueno...

Hardman cerró la puerta. Desde el fondo del yate, varios ojos miraron a distancia, eran los servidores del americano que le atendían en todas sus necesidades y le protegían porque para eso les pagaba.

Bastían aguardaba en la popa del lujoso yate. Teo se le acercó entregándole un montón de billetes.

—¿Qué es esto? No es que me disgusten, pero...

—Tú y cuatro más. Lleváis a ese tipo a un almacén y le dais una paliza, que se quede idiota para siempre, así no volverá a fastidiar con preguntas.

—De acuerdo, Teo, ya sabía yo que debía avisarte.

—Anda, lárgate, que yo tengo que hacer.

Mientras. Juanio Chancleta salía de un bar y se metía en otro. Hacía preguntas y no demasiado discretamente; cuando preguntaba por el americano millonario, algunas mujerzuelas abrían los ojos como si delante tuvieran un brillante de gran valor, pero no sabían nada.

El acceso a los atracaderos del Royal Maritime Club estaba cerrado. Juanito Chancleta había pasado por delante, viendo a distancia un buen montón de yates, desde los más vulgares y de sólo siete metros de eslora a los más sofisticados y valiosos. Enarbolaban las más distintas banderas europeas, británicas, francesas, italianas, etcétera, y tres llevaban la bandera de barras y estrellas.

Cuando había visitado casi una docena de bares portuarios, quiso entrar en las suntuosas dependencias del Royal Maritime Club, más un portero

gigantesco le interpeló:

—¿Es usted socio del club?

—¿Yo? Pues no.

—Entonces, lo siento.

—¿Sólo entran los socios del club? —preguntó Juanito con tanto candor que si el portero hubiera sido más listo habría sospechado de él.

Pero, muy puesto en su papel de *bulldog* uniformado y con gorra, le dijo casi con dos graves ladridos:

—Sólo entran los socios e invitados acompañados de los señores socios.

—¡Ah, pues muy bien!; usted disculpe. Y dio media vuelta,

alejándose.

Juanito habría entrado de proponérselo, aquel tipo tendría un precio que él hubiera podido pagar, pero lo que en realidad estaba haciendo era exhibirse, hacerse notar. En su bolsillo llevaba una fotografía del millonario Hardman que había mostrado en algunos bares. Si el millonario no tenía nada que temer, se dejaría ver.

—¡Eh, Tú!

—¿Es a mí? —inquirió Bastian, acercándosele.

—Sí, ¿conoces a este tipo? —preguntó Juanito, ensenándole la foto de Hardman, que él mismo había sacado en Estados Unidos, no en vano era un reportero gráfico que solía meterse en todas partes.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó Bastian, haciéndose el tonto.

—No, no creo, pero le busco.

—¿Para qué?

—¿Cinco dólares te van bien? Es dinero americano.

—¡Hombre, claro que me van bien! Verás, conozco a un compañero que es posible que sepa algo.

—Bien, a ver si lo encuentro de una vez.

Echaron a andar. El marinero, mirando a Juanito de reojo, inquirió:

—¿Y para qué lo buscas?

—Soy reportero fotográfico. Si le saco unas fotografías a ese hombre en esta ciudad donde según me han soplado está de incógnito, las agencias me la comprarán y ganaré unos dólares. Las fotografías de los tipos que están de incógnito en otro país se venden bien.

—¿Tan importante es ese hombre?

—Ese hombre es de los que mueven los billetes en camiones y en dólares.

—¡Cono, qué tío! ¿Tanta pasta tiene?

—Sí, es un multimillonario de esos que controlan muchas empresas y no sólo en Estados Unidos, sino también aquí y en otros países.

Doblaron uña esquina y siguieron por una calle quedesembocaba en los muelles. Bastian señaló un portalón ¡y dijo!

—Trabaja ahí dentro.

Nada más llegar, Bastian golpeó el portalón por tres veces consecutivas. La hoja se abrió y apareció un individuo con el rostro picado de viruelas.

Juanito entró como un niño en la escuela. El portalón se cerró a sus espaldas y se encendió una potente luz en el techo. El lugar era un almacén repleto de cajas y sacos; olía a tabaco barato. Inmediatamente, además del sujeto picado de viruelas, aparecieron tres hombres más. Los cuatro se quedaron mirando a Juanito como si éste fuera un ratón y ellos cuatro ladinos y enormes gatos que pensaran pasárselo en grande.

—¿Qué buscas?

—Á un americano —repuso Juanito Chancleta, sin darle mayor importancia a estar rodeado por cuatro tipos mal carados, camorristas de taberna y posiblemente expulsados de la Asociación de Estibadores por sus trabajos poco recomendables.

—Anda, saca de tus bolsillos todo lo que lleves encima y también el reloj —exigió el picado de viruelas.

Otro de ojos saltones, que si los hubiera tenido más pequeños se habría confundido en una manada de cerdos como uno más, eso sí, puesto a gatas, porque era un sujeto alto y fornido, rezongó:

—Es para que no se estropee nada.

—En fin, Como veo que no nos entendemos, me voy.

Retrocedió en dirección a la puerta, mas la manaza del picado de viruelas fue hacia su cabeza.

—Espera, enano.

Pero su mano no llegó a cogerle la cabeza. Juanito se escabulló y al mismo tiempo, le soltó una *ashigatana* con el pie izquierdo que le alcanzó en el bajo vientre.

El picado de viruelas se llevó las manos a los testículos aplastados con un gesto de intenso dolor al tiempo que lanzaba un gruñido y las piernas se le doblaban.

— ¡A por él! —rugió el que a Juanito le había parecido con aspecto de cerdo.

Juanito Chancleta era un experto budoka y manejaba bien el *Bo,* pero su especialidad era el *Tae-Kwon Do* o*Karate Volador.* Tenía queluchar contra aquellos tiposhabituados a las peleas de taberna, de muelles y barcos; no eran individuos precisamente recomendables ofensivos.

En conjunto, los cuatro pesarían entre trescientoscincuenta y cuatrocientos kilos, mientras que Juanitoapenas rebasaba los cincuenta, de modo que pornúmero y peso estaba en completa y franca inferioridad.

Decidió apelar a su terrible agilidad, ya queel portalón de madera estaba sólidamente cerrado. Por ello, saltó sobre unas cajas escapando a unpuñetazo que se le venía encima como un mazazo.

—¡Baja de ahí, condenado! —masculló uno de aquellos brutos sin más conciencia que la de ganarse unos billetes, aunque fuera a costa de golpear a alguien al que no conocían, golpear hasta romperle los huesos, pues parecían disfrutar haciendo esa clase de trabajo.

Cuando estaba a punto de ser alcanzado por una de las manazas, Juanito

daba puntapiés y no sin ton ni son, sino sabiendo muy bien lo que hacía y en qué puntos golpeaba, por ello sus atacantes comenzaron a sentirse doloridos y molestos aunque no vencidos.

—¡Hay que acorralarlo! —propuso el que recibiera la patada entre las piernas.

Uno de ellos cogió una larga pértiga con la que pretendió hacer bajar de encima de las cajas a Juanito Chancleta, que por su agilidad se les escapaba.

—¡Esperad, derribemos las cajas! —propuso otro.

—Sí, eso.

Comenzaron a derribar cajas. Juanito veía que su altura, su distancia, disminuía y estaba a punto de quedar entre los cuatro matones, por lo que decidió saltar hacia arriba y colgarse de una viga del techo.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó uno de ellos, satisfecho. Los otros le miraron, interrogantes.

—Aquí tenemos varios sacos con cocos, haremos puntería hasta que caiga.

Juanito Chancleta, encaramado a la viga de sostén del techo les miró preocupado, ya que había oído muy bien lo que le iba a pasar. Vio cómo volcaban un sacoy los cocos se desparramaban por el suelo como si fueran pelotas.

Se agacharon para recoger los cocos y, riendo, se encararon con el portorriqueño. El picado de viruelas le prometió, maligno:

—Cuando caigas, serás para mí, te voy a castrar a lo vivo. Verás qué divertido y cómo me pagas la patada que me has dado.

—¡Será el tiro al mono! —se rió otro, brutal, y comenzaron a lanzarle los cocos como proyectiles.

El primero rebotó contra la madera de la gruesa viga. El segundo, alcanzó a Juanito en una rodilla y el tercero, iba hacia su cabeza, mas logró desviarlo con el puño como si fuera un portero de balonmano.

Pero la fiesta, para los de abajo, sólo había hecho que comenzar. Estaban-dispuestos a divertirse de lo lindo arrojándole cocos, con la certeza de que pronto le alcanzarían en la cabeza y caería de la viga a la que se encaramara el ágil portorriqueño. Y si caía, atontado por un golpe, nadie iba a salvarlo.

De pronto...

—¡¡¡Kiiiiaaaaiiii!!!

El *kiai*fue atronador. Los tímpanos de todos temblaron y, sobrecogidos, se volvieron hacia el portalón como si estuvieran a punto de ver aparecer una locomotora por allí.

La puerta tembló un instante, la cerradura saltó arrancando astillas y la gran hoja de madera se fue hacia el lado opuesto, abriéndose violentamente como si en efecto una locomotora arremetiera contra ella.

En el umbral vieron a un ser que les pareció extraordinario. Era un japonés de más de dos metros de estatura y con un peso superior a los ciento ochenta kilos, Tenía escaso cabello y sonreía bonachón y plácido, la que todavía les dejó más perplejos y desconcertados.

—¡Ricky!

—Ho...ho...hola, Jua.Jua...Juanito —saludó Ricky con su habitual tartamudeo siempre que no hablaba su lengua materna, es decir, el japonés.

—¡Son amigos! —gruñó uno de los camorristas— ¡A por él también!

El primero que quedó al alcance de Ricky lo hizopor primera y última vez, pues el japonés le asestó tal puñetazo de *Kempo* en mitad de la cara, que los ojos se le juntaron de golpe y la nariz desapareció hacia, el interior del cráneo como quien hunde la nariz de un muñeco de goma. Los dientes del maxilar superior se le saltaron sin necesidad de visitar al dentista.

Uno de ellos lanzó un coco a la cabeza de Ricky y el coco se partió, manchando la ropa de Ricky, que siguió adelante como un tanque blindado, sin acusar merma; no en vano era un sujeto que ya tenía once cicatrices de bala en su cuerpo excepcional.

Uno de aquellos individuos se lanzó con la cabeza por delante para embestir a Ricky y derribarle. Ricky aguantó y le propinó luego un gancho de abajo arriba mientras con la zurda le aguantaba la cabeza por el occipucio para que recibiera mejor su caricia.

El picado de viruelas, viendo que las cosas se ponían feas, trató de huir, pero Juanito voló desde lo alto de la viga.

—*¡¡Kiaaiiii!!*

El fugitivo se aturdió ante el *kiai* y cuando quiso ver lo que sucedía, el portorriqueño, convertido en un proyectil humano, con los pies por delante, le alcanzó la cara.

—¡¡Aaaagg!!

Ricky atrapó al único que quedaba en pie. Lo cogió por el jersey y los pantalones, lo alzó en el aire y comenzó a dar vueltas.

—¡¡Nooooo!! —gritó aquel camorrista viendo pasar las paredes a gran velocidad frente a sus ojos.

—Ricky, como si estuviera en un combate de *Sumo* del que había sido campeón en Japón, soltó a su presa, que salió volando para incrustarse en el interior de una caja de madera.

Mientras, Juanito remataba al que había tratado de huir con un *shuto-uchi.* La *mano-cuchillo* golpeó eficazmente el pecho y se oyó el crujir de un par de costillas.

—Creo que estos tipos se han llevado lo suyo, Ricky —dijo, tras llenar sus pulmones de aire.

—Yo tam...tam...también lo... lo creo.

—Vamos, Ricky, el que me interesaba se ha largado después de dejarme en esta ratonera, a ver si lo encontramos.

—No, no, no.

—¿No qué?

—Ven, Jua...Jua... Juanito, ven.

Juanito Chancleta, intrigado, siguió a su amigo y ambos salieron a la calle. Junto a un portal había un tipo sentado en el suelo, como borracho. Juanito se

le acercó y lo identificó en seguida.

—Vaya, si es el tipo que me ha preparado la encerrona.

—Le... le... le he visto al salir y le he pe...pe...pedido que se quedara.

—¡Muy bien por Ricky! —exclamó satisfecho—. ¿Qué te parece si nos lo llevamos?

—Como qui...quieras.

Ricky cogió a Bastian, se lo cargó sobre los hombros y se alejaron por el callejón.

CAPITULO VIII

Flora vio de pronto un río de fuego llameante y alucinador que avanzaba a su encuentro mientras ella, a su vez, corría sobre un lugar desértico y arenoso donde sus pies se hundían y torcían.

El fuego avanzaba hacia ella pese a que corría para liberarse de las llamas que la perseguían, implacable y obsesivamente.

De pronto, en lo alto de una colina, descubrió la figura de Savage, embutido en su bata kimono de seda japonesa de color morado con los pequeños pensamientos bordados en color oro. Se hallaba con los brazos cruzados y la observaba a distancia, sin ir a su encuentro.

—¡Savage, Savage! —gritó, pero él no se movía.

El río cada vez estaba más cerca de sus talones desnudos que se hundían en la arena y lo que parecía imposible, sucedió; El río de fuego también ascendió polla colina persiguiéndola; era como un espíritu diabólico y maligno que trataba de alcanzarla por más que corriera.

Flora jadeaba, se asfixiaba en su desesperada carrera mientras el fuego se le acercaba y notaba su intenso calor en la espalda. Alargaba las manos hacia Savage para que él la ayudara a escapar cuando al fin el fuego la alcanzó, envolviéndola.

—¡No, no, nooo!

Sudando, se reincorporó, pero sus manos quedaron atrás y volvió a caer.

—Cuidado, te vas a quemar —le advirtió Piero, quesostenía una cerilla anti viento encendida frente a los ojos femeninos, una llama que pintaba el miedo en las pupilas de Flora.

—¡Piero!

—¿En qué soñabas, Flora? Llamabas a Savage. Pol lo visto, ese tipo se ha metido hasta en tus huesos.

Flora, empapada en sudor, se percató de que se hallaba tendida sobre una cama, con los pies y las manos atadas a los barrotes formando un aspa con su cuerpo. Las ligaduras eran de cuerda de nylon y notaba que le segaban la piel dolorosamente.

—No te apures, ya vendrá Savage a salvarte.

—Pero ¿qué significa esto? ¡Vamos, suéltame!

—No, no tan aprisa. Será Savage quien te salve, él vendrá a liberarte.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Elemental, querida Flora. Te bebiste un poco de droga, es fácil meterla en las bebidas. Tú no estás acostumbrada *a tomar* y has caído en seguida.

—¿Por qué lo has hecho?

Piero desvió su mirada hacia las velas que iluminaban aquella miserable habitación de muebles ajados y ya inútiles, unas velas que con su luz creaban sombras macabras e inquietantes.

—A mí no me gustan según qué juegos, desátame.

—No, no, eso sí que no. Quien te ha de desatar es tu amiguito Savage. Le llamarás y él vendrá hasta aquí; será emocionante para ti que te salve, ¿verdad?

—¿Qué te propones, Piero? ¡Suéltame, suéltame!

Furiosa, forcejeó con las cuerdas, sin conseguir otra cosa que herirse.

—Ya te lo he dicho, jugar un poco.

—¿Estás loco?

Él se echó a reír. Abrió la caja de fósforos y encendiendo uno, lo dejó caer sobre el jersey de Flora, entre sus magníficos y jóvenes pechos.

—¡¡No, nooo!! —gritó aterrada—. ¡¡Auxilio!!

—No te sofoques. —Le palmeó el cuerpo, apagando la cerilla—, Flora, Flora, no resistes el fuego... Y yo que creía que a ti te divertía el fuego también, ¡qué desilusión!

Flora respiró hondo, como si le faltara el aire. Se sentía mojada de sudor y olía a cera quemada y a su jersey ligeramente chamuscado.

—¿Qué, qué es lo que quieres?

—Poca cosa. Vas a decirle a Savage que venga a salvarte porque estás raptada.

—¿Y si no se lo digo?

—Te dejaré aquí y me iré. Te advierto que estás dentro de un edificio abandonado, no hay nadie que pueda oírte aunque grites hasta reventar. Es un grupo de casas que serán destruidas, ya están expropiadas. Por aquí abundan las ratas y si permaneces atada durante mucho tiempo, no sé lo que te ocurrirá. ¿Tú sí lo sabes?

—Ya has jugado bastante, ¿no crees?

—Hasta ahora sólo ha sido elcomienzo, sólo el comienzo.

—¿Por qué odias a Savage?

—¿Por qué? ¡Bah, si me río de él! Quiere averiguar el porqué de los incendios que han abundado por aquí, el muy idiota.

—Has sido tú, ¿verdad? Tú has provocado los incendios.

Él se rió en *je* antes de explicar:

—Algunos, sí.

—¿Tú, tú has dejado que gente se quemara viva? Piero se encogió de hombros con despectiva indiferencia.

—Yo no tengo la culpa de que se quemaran. A mí me gusta el fuego, no puedo remediarlo. ¡Ah, se me olvidaba!; yo fui inmigrante clandestino en Estados Unidos.

—¿Tú en Estados Unidos?

—Sí, fui allá como tantos otros para hacer fortuna y me cogieron por un incendio. Mala suerte, sí, tuve mala suerte. Luego, mi defensor de oficio, no vayas a creer que me hice rico, pidió un psiquiatra y consiguieron declararme loco. ¿Te imaginas? Loco yo... —Volvió a reírse a la luz oscilante de Tas velas—. Me llevaron a un hospital psiquiátrico hasta que un día se presentaron los del FBI y me deportaron aquí, a mi país, para que lo queme todo aquí y no allá en Estados Unidos.

Flora tragó saliva con dificultad. Se daba cuenta de que efectivamente, Piero estaba loco y ella no había querido darse cuenta hasta convertirse en la víctima del pirómano. Antes, todo le había parecido un divertido juego de adolescentes rebeldes.

—Piero, tranquilízate —le pidió la muchacha, temblándole la voz.

—¿Tranquilizarme yo? —soltó una nueva carcajada, ahora más larga y fuerte—. Tengo dinero, dinero americano. Me pagan, ¿sabes?, me pagan por hacer fuego.

—¿Te pagan, quiénes?

—Haces demasiadas preguntas, Flora, demasiadas. Supongo que estás rabiando por saber si yo prepare el fuego de la factoría Hipócrates, S. A., y te diré que sí, fui yo. Una obra de arte, ¿verdad? Tienes que admitirlo.

—¡No es posible, mientes!

—No miento, Flora, no miento. Yo entré en la factoría por la noche, después de que te fueras con ese repórter americano.

—No me fui, se me llevó.

—Da lo mismo. Ya tenía pensado el trabajo; sabía cómo entrar, hasta tenía llaves. Sólo tuve que deteriorar algunas llaves de depósitos y tapar las bocas de los extintores automáticos que debían ponerse en marcha. Es una técnica difícil, no creas. Los tapones tenían que fundirse con el fuego y no dejar rastro para la investigación. Después, tuve que vaciar unas bombonas de gas propano en un lugar donde sabía que se embolsaría y, al mismo tiempo, quité una bombilla y la cambié por otra rota con un alambre que chisporrotearía al pasar la corriente y produciría el encendido instantáneo de la bolsa de gas; una deflagración que alcanzaría al vertido de otros depósitos que habrían ido goteando durante la noche. Sí, todo lo preparé yo cuidadosamente para que el fuego se propagara con rapidez y al poco nada se pudiera salvar.

—¿Y las víctimas?

—¿Víctimas? ¡Bah! Unos desgraciados miserables.

—Obreros, empleados, eran personas.

—¿Y tú, la hija del explotador, te preocupas por ellos?

—¿Yo la hija de un explotador?

—Claro, ¿qué pensabas? ¿Quién paga tus caprichos? Vamos, dilo, ¿quién los paga? Tu padre, claro. Y él, ¿de dónde saca la plata?

—No, no es así, mi padre arriesga su dinero y da trabajo, todo es perfectamente legal.

—Tú sólo crees lo que deseas creer, pequeña, lo que deseas creer. La niña mimada de Esplai... Si él te viera así como estás, ¿qué diría? ¿Te hago una fotografía y se la envío?

—Por favor, por favor —pidió Flora al borde de una total crisis de nervios.

—¿Quieres que te explique, con más detalle, lo que ha hecho tu papaíto?

Flora, temiendo que relacionara a su padre con el incendio, se apresuró a decir con unas lágrimas atrapadas entre sus pestañas:

—No, no me digas nada, no quiero saber, no quiero, no quiero.

—Siempre me has gustado, Flora, pero como amiga, la verdad. Yo sólo siento pasión por el fuego, no soy tan imbécil como Teo o Berto. Si ellos te tuvieran aquí ahora, seguro que se te echarían encima como cerdos o Teo te llevaría al viejo.

—¿Al viejo?

—Sí, como ha llevado a otras. Al viejo le gustan muy jóvenes y se hubiera divertido mucho pasando la noche con la hija de su socio. Es un tipo muy sádico que golpea a las chicas, él le tiene mucho miedo al fuego, ¿sabes? Pero... mejor no siga hablando.

—¿Quién es ese viejo? —insistió Flora reponiéndose en parte y sintiendo la necesidad de averiguar todo lo que la había estado envolviendo y que al parecer ignoraba.

Había sido una total ingenua, una niña bien con ganas de divertirse vistiendo ropas sucias, empleando un lenguaje barriobajero y buscando rabiosamente libertad cuando en su casa nadie la obligaba prácticamente a nada.

Lo que en el fondo sucedía, como le había dicho Savage, era que no encontraba en quien confiarse. Su padre siempre estaba preocupado por sus negocios, por sus laboratorios.

La verdad se abría brutal ante sus ojos. Los que había creído seres libres no eran más que unos vulgares granujas que cometían cualquier canallada con tal de obtener un dinero que les permitiera seguir su vida de indeseables.

—Ahora haremos la grabación para el americano. Pórtate bien, te conviene. Si no lo haces, me puedo enfadar y empiezo a raspar cerillas. A ti no te gustará que encienda cerillas, ¿eh?

Flora sintió que la faringe se le volvía de piedra y era incapaz de tragar saliva. Estaba ante un loco pirómano y con tal de satisfacer su placer con el fuego era capaz de cualquier aberración que seguramente ella pagaría con grandes dolores.

—Sí, sí, diré lo que quieras.

Piero se acercó a una bolsa de deporte que había en el suelo y de ella extrajo un magnetófono a pilas para *cassettes.*

—Tiene micrófono incorporado. Vas a comenzar por llamarlo Savase, Savage... como las mujeres sabéis hacerlo. Yo te diré dónde estamos, será sencillo.

—Sí, lo que quieras. ¿Me soltarás luego?

—No, yo no, será Savage el que te suelte. Te dará un beso y si te has dormido, despertarás. Será como el cuento de *La bella durmiente.*

Flora, llena de miedo y sujeta por las cuerdas de nylon, dijo todo lo que Piero le ordenó para la grabación. Cuando ésta hubo concluido, Piero guardó el magnetófono de nuevo en la bolsa y de ella sacó una bolsa de plástico de litro y medio. Se acercó a la muchacha, preguntándole:

—¿Tienes sed?

Ella, como si de pronto se diera cuenta de que tenía la garganta reseca, asintió.

—Si.

—Pues es mejor que no pruebes esto, no iba a gustarte.

Abriendo la bolsa, comenzó a verter el líquido que contenía sobre el cuerpo femenino, empapando sus pantalones, su jersey, sus brazos, su pelo. Flora tuvo que cerrar los ojos porque también le manchó el rostro.

—¿Te gusta, te gusta? ¡Je, je, je, je!

—¡Gasolina, es gasolina! ¡No, Piero, gasolina no!

—Si nadie vuelca las velas, a lo mejor no ardes. Me voy, querida, tengo que hacer algunos trabajitos de especialista, de verdadero especialista, ya verás, ya verás...

Se marchó cerrando la puerta y dejando a Flora empapada en gasolina y con las velas encendidas a no demasiada distancia, de modo que si los gases de la gasolina se iban caldeando, podían llegar a prender y quedaría convertida en una pira humana.

¿Llegaría Savage a salvarla? Desesperó, sin embargo sintió el deseo de gritar con todas sus fuerzas.

—¡¡Savage, Savageee!!

CAPITULO IX

Amanecía cuando el gran coche *Daymio,* sin prisas, majestuoso, rodaba junto a los muelles en dirección al Royal Maritime Club.

Las luces artificiales comenzaban a ser menos brillantes. El cielo, más claro, se agrisaba y aparecían tonalidades rojas al otro lado de las grandes grúas que comenzaban va a moverse, chirriantes, para cargar en los barcos las mercancías desparramadas entre los muelles mientras los estibadores se

apresuraban a colocarlas entre redes, formando grandes fardos que entregaban al voraz y nunca saciable gancho de la grúa.

Voces aquí, voces allá; el alarido ronco de la sirena de un barco pidiendo entrada en la bocana del puerto metropolitano. Cambio de voces por radio y un remolcador que empezaba a hacer trepidar sus panzas repletas ele maquinaria.

La vida del muelle se desperezaba y las aguas se veían menos negras, menos tenebrosas, pero también más sucias, oleosas y polucionadas.

El *Daymio* se detuvo suavemente, sin apenas ruido, frente a la gran verja que aislaba los muelles del Royal Maritime Club del resto de los muelles. Los poderosos segregaban así a quienes trataran de acercarse a ellos, pues sólo los poderosos podían permitirse el lujo de tener un yate anclado allí o incluso una embarcación pequeña, teniendo en cuenta el elevado precio que se debía pagar por los derechos de permanecer atracado allí y gozar de las instalaciones.

El vigilante abrió la reja al ver el *Daymio,* un coche único en el mundo, de línea aerodinámica y muy poderoso. No obstante, el guardián se acercó a Savage y éste, por la ventanilla, mostró su pasaporte americano. Aquello bastó para que el empleado, servil, sonriera y casi hiciera reverencias. A Savage no le gustaba emplear aquella treta, pero cuando lo creía oportuno echaba mano de ella.

Su pasaporte americano abría muchas puertas, especialmente en los países más o menos colonizados por el imperialismo yanqui.

La verja se abrió del todo y el *Daymio* reanudó la marcha sin prisas, con una seguridad que no hizo sospechar al portero lo más mínimo.

Bajo las marquesinas había algunos automóviles estacionados, la mayoría de lujo y de importación. Algo apartadas había varias furgonetas de transporte de suministros para las embarcaciones.

Savage no buscó apareamiento y siguió avanzando hasta detener su coche junto a la pequeña pasarela que unía el muelle pétreo con la popa del yate con bandera norteamericana Grand Canyon.

Se apeó, cerrando el *Daymio* de un portazo que lo bloqueaba automáticamente, convirtiéndolo en una auténtica fortaleza para los ladrones de automóviles. El *Daymio,* con sus seis ruedas, siete litros de cubicaje y suspensión hidroneumática independiente, que permitía que la carrocería se elevase del suelo por encima del medio metro, poseía algunos accesorios extras que podían resultar más que peligrosos en manos de unos pandilleros robacoches.

El poder del *Daymio* era grande. Si chocaba contra otro auto de frente, el otro coche podía considerarse destruido, mientras que el *Daymio* resistiría el encontronazo, pues su estructura de chasis y parachoques no sólo no era nada común, sino que la habrían envidiado algunos camiones. No eran materiales voluminosos, pero sí de una enorme resistencia y flexibilidad que permitían absorber la violencia del choque.

Cruzó la pasarela y subió a la popa. De inmediato, un sistema de avisador electrónico le captó y pasó la llamada al interior del yate. Antes de que Savage pudiera llegar a la escalera descendente que daba acceso a las dependencias interiores de la lujosa nave, apareció un joven vestido con un jersey rayado en rojo y blanco.

—¡Eh!; ¿qué busca?

Savage se lo quedó mirando y dijo sin sonreír:

—Creo que tú y yo nos conocemos.

El joven tuvo deseos de dar un par de pasos atrás; se contuvo, dominó su miedo y replicó:

—Yo no le conozco de nada.

—Te llamas Berto, ¿verdad? ¿Te hice daño en el cementerio de coches?

—No sé de qué me habla.

— ¡Ah, no!; ¿verdad? Bien, bien, no importa, seguro que volveremos a encontrarnos. Ahora dime, ¿cuántos sois a bordo?

—Váyase a interrogar a su madre.

Con aquel tipejo que gustaba de usar las navajas, Savage no habría utilizado karate, *Kumg-Fu* ni nada que pudiera ser un arte marcial oriental; le habría bastado con darle un puntapié en las nalgas, elevarlo por encima de la baranda y lanzarlo al mar.

—Dile al viejo Hardman que he venido a platicar con él.

—¿Hardman? No sé de quién habla.

—Está bien, ya entraré yo a verle.

—Si pasa.

De su bolsillo posterior, Berto sacó una pistola pequeña, de las llamadas femeninas.

Moses P. Savage tuvo suficiente con dispararle una *ashigatana.*

El puntapié dio en la muñeca de Berto y la pistola salió volando. Savage se adelantó y palmeó el arma, que se fue al agua, desapareciendo en el fondo siempre enlodado de porquería de los muelles.

—Ahora debería darte una lección, pero no merece la pena.

Lo empujó, haciéndole caer por las escaleras y Savage se introdujo en la nave. Aparecieron dos hombres más; debían pertenecer a la tripulación del yate y traían cara de pocos amigos.

—Cuidado, es un *budoka*—advirtió Berto que. Porpropia experiencia, ya sabía lo que significaba ser *budoka.*

—¿Qué pasa? —inquirió la voz fuerte, imperativa y a la vez algo cascada por los años, y también por el tabaco y el alcohol.

—Buenos días, Hardman.

El millonario se volvió hacia Savage y se lo quedó mirando fijamente. Alto, casi delgado, con grandes ojos verdes brillantes y un abundante cabello lacio y negro cortado al modo oriental con gran fleco sobre la frente, el reportero *free-lance* era inconfundible.

—De modo que tú eres Savage...

—Así es, Hardman. He venido a charlar un ratito con usted.

—¿Lo echamos, míster? —preguntó uno de los marineros.

—¡Callaos, idiotas! —Mirando a Savage, inquirió—: ¿De qué quieres hablar conmigo? No me asustan los reporteros.

—Eso ya lo supongo, no hace falta ser muy imaginativo. Me encontré con Pepo y otros tipos en un camión, no sé qué habrá sido de ellos, y un amigo mío, compañero de trabajo, se encontró también con unos gorilas de muelle. Me temo que algunos andarán suplicando un médico.

—No sé de qué me hablas, peí o si quieres charlar podemos hacerlo en mi despachito; hasta puedo invitarte a desayunar, para que veas que no soy tan descortés.

—Gracias, he desayunado muy temprano, pero a charlar sí he venido.

—¡Vosotros! ¿Qué hacéis? —interpeló, iracundo—. ¡Vamos a trabajar, hoy saldremos con el yate a dar una vuelta! ¡Vamos, moveos!

Sin atreverse a gruñir, los empleados se alejaron. Míster Hardman era más que un patrón para ellos, era como su amo y por eso obedecían como perros.

Pasaron por el saloncillo, lujosísimo y decorado con pinturas de gran valor, y penetraron en un despacho pequeño pero que tenía todo lo necesario. Unas estanterías completas cubrían las paredes a excepción dela puerta y una ventana alta que daba a cubierta. Luego, una mesa escritorio y dos butacas giratorias, una a cada lado de la mesa. Se acomodaron yMoses P. Savage rompió el silencio.

—No sabía que este yate fuera suyo.

—Es que no lo es, me lo han prestado.

—Comprendo, por eso me resultaba difícil localizarle. Tenía la seguridad de que se encontraba aquí, Hardman.

—¿Y por qué esa seguridad?

—Era fácil deducirlo cuando me enteré de que poseía el cincuenta y uno por ciento de las acciones de los laboratorios Hipócrates, S. A.

—¿Es suficiente?

—No he terminado.

—Pues, sigue, sigue, te escucho. Estoy seguro de que a un reportero como tú no se le escapa nada.

—Para informar hay que informarse primero y yo busco mucha información previa. Me he enterado de que poseía una póliza adicional contra incendios que cubría el valor de sus acciones.

—Sí, pero el valor real de las mismas y el negocio de los laboratorios no era deficitario. Te lo digo, porque tengo la sospecha de que en tu mente calenturienta da vueltas la idea de que yo puedo tener algo que ver con el incendio. Esos laboratorios eran rentables, no entiendo por qué tratas de ver las cosas en forma retorcida.

—Porque ha habido una oleada de incendios que lo que han hecho es provocar confusión. A nadie se le escapa que ciertos hechos se contagian, por ejemplo, el suicidio, las violaciones, algunos robos y también la piromanía.

Hay mucha gente desequilibrada que no actúa por temor a lo que pueda pasar, pero si ven que otros lo hacen, entonces lo imitan. Por eso la policía ha podido atrapar a varios pirómanos estos días.

—Si un loco o varios locos lo van quemando todo, ¿qué tengo yo que ver en todo esto? Ya ves que hablo claramente, sin tapujos.

—Usted está aquí esperando, controlando. Yo diría que el pirómano que ha provocado esta oleada de incendios es un pirómano subvencionado.

Hardman se rió echándose hacia atrás. Parecía reírse tranca y abiertamente, pero a la sagacidad de M. P. Savage no se le escapaba que Hardman sólo cuidaba su fachada mientras su interior seguía atento, como un halcón dispuesto a clavarle las garras y a destrozarle con su pico de ave de rapiña.

—Cualquiera le habría podido creer si no hubiera enviado a sus matones para tapar bocas.

—Yo no he mandado a nadie.

—Vamos, vamos, Hardman. Bastian quiso que un amigo mío se callara de una paliza, pero no le salió bien y fue él quien nos dijo en qué lugar exacto podríamos encontrarle a usted.

—Bastian, ¿eh? —Ladeó la cabeza y miró de reojo a Savage mientras abría una caja de tabaco—. ¿Un cigarro? —ofreció.

—No, gracias, yo no fumo.

—Así no morirás de cáncer, ¿eh? —Se colocó un cigarro entre los labios y le prendió fuego. M. P. Savage aguardó en silencio—. Creo que he oído ese nombre, me suena.

—Si quiere se lo traigo, no está lejos, algo tumefacto, claro. La verdad es que tiene mucha apariencia pero resiste poco.

—¡Imbécil...! En fin, qué voy a decir, supongo que no sirve de nada seguir negando.

—Yo creo que no. ¿Va a hablar sin tapujos, Hardman?

—De acuerdo, de acuerdo —resopló—. Estoy aquí de incógnito y he ordenado a mis hombres que a todo el que pregunte por mí lo quiten de en medio sin preguntarme en qué forma. Si se han pasado en su celo, no es culpa mía, no soy el único que aparta a los reporteros porque le molestan.

—Molestan cuando hay peligro de que algo quede al descubierto.

—Supongo que no querrás que te dé explicaciones de por qué hago un viaje de negocios, ¿verdad?

—Es un viaje de negocios, de eso no me cabe la menor duda, un viaje de negocios criminales. Los laboratorios Hipócrates, S. A. se han quemado y más de mil empleados se ven en la calle en unos momentos en que hay falta de trabajo en este país y en toda Europa. Su situación va a ser muy difícil. La empresa no tendrá que pagar indemnizaciones y ha habido una docena larga de víctimas muertas y otras heridas. Usted, en todo esto gana.

—¿Qué gano?

—Sus acciones le serán devueltas en dinero internacional según estipula su póliza adicional.

—¿Cómo se ha enterado?

—Un reportero tiene la obligación de enterarse de todo. Usted cobra ese seguro adicional más el seguro que le corresponde de forma general.

—Es muy poco.

—Lo sé; no obstante, para usted siempre serán ganancias, un veinte por ciento. Los que pierden, son los demás accionistas que se verán arruinados totalmente, un buen puñado de pequeños accionistas, porque lo bueno en los casos en que se posee el cincuenta y uno por ciento de las acciones es que los demás accionistas sean débiles, potas acciones cada uno, así no molestan, así no tienen capacidad para investigar nada.

—Es una fórmula como otra de dominar empresas.

—Los tipos como usted suelen usarlas muy a menudo; es la forma de manejar las empresas y deshacerse de ellas cuando interesa.

—No es suficiente para atacarme, Savage, y lo sabes. Esplai, el director-gerente, también posee acciones y, además, es el propietario de los terrenos. Ahora se verá beneficiado por el lógico aumento de valor de los solares cuando los *bulldozers* limpien las ruinas. Por suerte para él, su factoría está muy pegada a la metrópoli y no en la zona industrial más alejada. Es un negocio limpio, también él gana con el incendio.

—Sí, con el fuego, usted y Esplai ganan y los pequeños accionistas y los empleados y obreros, pierden.

—Cosas de la vida... El mundo de los negocios es como una ruleta, unas veces se gana y otras se pierde.

—Usted siempre gana, Hardman.

—Será porque juego sobre seguro. Además, no se me puede reprochar que asegure mis bienes. Si ahora obtengo el ciento veinte por ciento del valor de mis acciones en la empresa siniestrada debido a la suma de las dos pólizas, eso es algo perfectamente legal y que no hará sospechar lo más mínimo a las empresas aseguradoras aunque vayas voceándoles calumnias contra mí.

—Está muy seguro de sí, Hardman, pero yo también estoy seguro de que usted tiene mucho que ver con los incendios y por eso voy a destruirle.

—¿Crees que me das miedo?

—El miedo lo tendrá cuando se vea acorralado. Pagar una mano criminal para provocar un incendio es un delito y de nada le servirá largarse ahora en este yate o tomar un avión. Cuando haya una orden de busca y captura contra usted, si se ha largado de este país, intervendrá la Interpol y lo cazarán, porque estoy haciendo un reportaje que será escandaloso. Voy a poner en primer plano a sus víctimas quemadas para que la gente le coja repugnancia. Junto a cada fotografía de una de sus víctimas, pondré su retrato, Hardman, para que quienes lean el reportaje o lo vean en televisión asimilen su imagen con la de sus víctimas. ¿Quién cree que le va a proteger después? Inspirará asco y rechazo a todos.

—Si haces esa campaña contra mí, te destrozaré, Savage, te aplastaré —

amenazó mascando las palabras—. Si es necesario, pagaré a sicarios internacionales para que te liquiden.

—¡Ah!, pues le notifico que existe una organización que yo denomino la Secta del Dragón Bicéfalo que está empeñada en eliminarnos a mis amigos y a mí. Ellos aceptan colaboradores en esa altruista campaña pro-matar a Savage.

—Pues tendrás que darme la dirección de esos sujetos porque voy a contribuir generosamente en sus fondos.

—Ahora que nos lo hemos dicho todo, dígame, Hardman. ¿Qué gana en todo esto, además de ese ciento veinte por ciento?

—¡Fuera, fuera de aquí y si lanzas alguna calumnia contra mí, lo vas a sentir! ¡No tienes pruebas de nada, de nada!

—Las conseguiré, Hardman, las conseguiré. Encontraré al pirómano y luego irán los dos a la justicia para que puedan pagar sus crímenes. No escapará, Hardman, no escapará. Me he propuesto hacer un reportaje sobre los fuegos intencionados y los criminales que los promueven para beneficiarse, y lo llevaré a cabo. Le aseguro que la opinión pública se va a espeluznar. Tengo ya mucha película hecha y nadie podrá decir que he cargado las tintas porque serán fotografías, películas reates de gente que sufre, de gente que ha muerto. Ojos que no ven, corazón que no siente, se dice vulgarmente y es verdad, por eso haré que todo el mundo vea.

No había nada más que hablar. Ambos habían mostrado sus posiciones encontradas, eran claros enemigos. Moses P. Savage se había propuesto denunciar a Hardman con un reportaje a todo lujo y Hardman trataría de destruir al *free-lance* como fuera, porque comprendía que era un enemigo de cuidado. Había oído hablar de los reportajes realizados por Savage y de los tipos que había hundido con sus denuncias. Lucharía ferozmente para no seguir el mismo camino.

—Seguro que nos volveremos a ver, Hardman, tengo que hacerle unas fotografías en el momento en que lo arresten.

Hardman quiso reírse pero fue incapaz de hacerlo, apretó los labios y se le enrojecieron las mejillas. De empuñar un arma en aquellos momentos, habría asesinado a Moses P. Savage sin vacilar.

El *Star-Budoka* abandonó el yate y se acercó a su coche. Abrió una de las portezuelas que correspondían a los asientos posteriores al del conductor, asientos en muchas ocasiones cubiertos por una tabla en forma de mesa sobre la que Ricky solía jugar sus solitarios, cuando viajaban. En aquellos asientos acostumbraban a llevar el equipaje, pues en la parte trasera, en el amplio sillón giratorio, iba sentado Ricky.

Tras abrir la portezuela, Savage miró al hombre allí escondido y dijo:

—Sal fuera, vamos.

Bastian, con visibles tumefacciones en el rostro, asomó su cabeza fuera del coche como una tortuga a la expectativa. Salió contó pudo, ya que se hallaba encogido sobre sí mismo. Ya en el muelle, miró con reparo al yate *Gran*

Canyon, dándose cuenta de que era observado desde la embarcación.

—Me voy —dijo, tragando saliva.

—Un momento —pidió Savage, cogiéndole por el brazo.

Haló de él, le aplicó la llamada *Kata-Seoi*o primera proyección de hombros de *Judo* y Bastian, pese a su corpulencia, pasó por encima del hombro de Savage. Voló sobre la pasarela y aterrizó sobre la cubierta de popa, con tal impulso de inercia, que fue resbalando hacia las escaleras descendentes por donde desapareció en medio de unos significativos ruidos que no iban a gustar al millonario Hardman.

CAPITULO X

—Han llamado —dijo Juanito Chancleta cuando Moses Pacific Savage entró en el apartamento.

—¿Por teléfono?

—Sí.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Mujer u hombre?

—Un tipo joven por su voz y si fuera psiquiatra diría que está algo loco.

—¿El pirómano?

—Podría ser, no ha querido decirme quién era, pero me ha dado un mensaje.

—¿Para mí?

—Sí; ha dicho que volvería a llamar dentro de media hora, es decir, de un momento a otro.

—Esperaremos. Si me llama es que ya estamos cerca de ese demente aficionado al fuego.

Juanito, arrellanado en la butaca, explicó entonces:

—Tenemos excelente material para el reportaje.

—¿Lo has visto ya?

—Sí, te aseguro que hará poner los pelos de punta; cuando lo pasen por televisión espero que no lo hagan a la hora de la comida, son primeros planos espeluznantes. Nos van a atacar mucho y nos acusarán de vender el sufrimiento de las víctimas del fuego, ya sabes cómo son los reaccionarios, tanto de derechas como de izquierdas.

—Sí, peto no nos ha de importar. La gente necesita saber bien cuál es el daño, para poder valorar y pedir justicia, En general, la gente se (desespera cuando se derrumba su propia casa y se ve arruinada; también se impresiona cuando ve caer la casa de su vecino de enfrente, pero esa misma gente se encoge de hombros si la casa que se desploma es la de un extranjero, a miles de kilómetros de distancia. Hay que revolverles las tripas para que participen en la denuncia formando clamor.

—Si es así, lo conseguiremos. También tengo algo de película del yate *Grand Canyon,* la he tomado con teleobjetivo. Ricky está ahora apostado allá esperando que aparezca Hardman para filmarlo también.

—Perfecto, será un buen trabajo. Sé que estamos en la pista adecuada, sólo necesitamos pruebas.

—¿Avisarás a la policía?

—Cuando haya pruebas, sí, antes no. Podría caer la tapadera demasiado aprisa en todo este asunto y la denuncia se diluiría en la nada, Hardman solicitaría la protección de su Embajada; pero, si hay pruebas concluyentes, la Embajada no querrá oír las voces de ese tipo y se quedará solo.

—Esperemos conseguir esas pruebas, Por cierto. Ricky está muy molesto.

—¿Por qué?

—Le mancharon la ropa con el coco que le rompieron en la cabeza.

—¿Y...?

—Pues que debido a su tamaño, en la lavandería le han cobrado doble.

En aquel instante sonó el timbre del teléfono. Ambos volvieron sus ojos hacia él y Savage preguntó:

—¿Está conectada la grabadora?

—Sí, funcionará nada más descolgar.

—Perfecto. —desahorquilló el auricular—. ¿Diga?

—¿Savage? —preguntaron al otro lado de la línea.

—Yo mismo, ¿quién llama?

—Tengo a una amiguita tuya que tiene miedo, mucho miedo.

—Eres el pirómano, ¿verdad?

Se escuchó la risa en *je*. Luego, rezongó:

—Te crees muy listo, Savage, demasiado listo.

—¿Qué pasa con Flora? —masculló Savage, con el ceño fruncido.

—Vaya, ¿sabes que me refiero a Flora? —Lo imagino.

—Pues has acertado una vez más. Escúchala, escúchala...

—¡Savage, Savage! —llamó angustiada la- voz femenina que el propio Savage reconoció como perteneciente a Flora, la hija del industrial Esplai, director gerente de los siniestrados laboratorios.

—Habla, te escucho. ¿Cómo estás, Flora?

—Savage —prosiguió la voz de la joven, muy angustiada—. Me han raptado, tú tenías razón, pero no llames a la policía, no lo hagas o moriré quemada. Me ha rociado de gasolina y estoy sujeta a una cama. Tengo miedo, Savage, sálvame.

—¿Dónde estás?

—Estoy en una habitación destartalada, en un piso deshabitado como todos los del edificio en el barrio Cannes, un barrio en remodelación, con las casas expropiadas. Junto a la entrada de la escalera he visto lo que queda de una cafetería que se llamó Búngalo y...

Se cortó la voz de Flora para reaparecer la de Piero, que prosiguió:

—Ya oíste suficiente, Savage. Si quieres salvar a la muñequita, trata de hacerlo, pero si viene la poli, seguro que ella no se salva y a mí no me atrapará nadie, ¡je, je, je...!

Terminó la comunicación y Savage se quedó mirando el auricular por el que ya no llegaba voz alguna. Colgó. Juanito ya estaba a su lado y rebobinó la cinta que había grabado la conversación telefónica.

Escucharon la cinta y cuando hubo concluido, Juanito Chancleta preguntó:
—¿Qué opinas, Savage?
—Que ella no me ha respondido. Ese tipo ha hecho una grabación y él puede estar en otra parte.
—Seguro que es una trampa para ti.
—Lo sé, pero Flora está en peligro, estoy seguro de que ella no ha fingido.
—¿Y qué harás?
—Ir a buscarla.
—¿Pese a que ese tipo te estará esperando?
—Sí, pero antes haré una llamada.
—¿A Hardman?
—No, a Esplai, el padre de Flora. Busca el número que conseguimos, es su teléfono particular.
Discaron los guarismos y tras sonar cuatro o cinco veces el timbre de llamada, respondió una voz que Savage identificó como perteneciente a Francis, el secretario del industrial Esplai.
—¿Diga?
—Dígale a Esplai que se ponga, es urgente.
—¿Quién llama?
—Se trata de la hija del señor Esplai.
—Sí, sí, pero ¿quién llama? —insistió.
—Savage.
—¡Ah! Pues el señor Esplai no quiere ni oír hablar de usted —dijo, sin disimular la satisfacción que le producía soltar aquellas palabras.
—Flora está en peligro, voy a tratar de salvarla.
—Pero ¿qué le pasa?
—Cuando el señor Esplai pueda, que me llame por teléfono... —dictó el número del apartamento—. ¿Ha tomado nota?
—Sí, sí, he tomado nota.
—Pues dígaselo a su patrón, es urgente, porque si sucede lo peor, usted pierde su empleo.
Sabedor de que había tocado la fibra sensible de aquel burócrata, colgó.
—¿Esperarás a que te llame? —le preguntó Juanito.
—No, me voy ahora mismo. Si Esplai llama...
—¿Qué hago?
—Dile que escuche, que no se ponga nervioso y que no llame a la policía. Le pasas la grabación y él ya se dará cuenta de lo que debe hacer.
—¿Y si avisa a la policía?
—No creo que quiera correr ese riesgo. Me voy, Juanito; que Ricky siga controlando a Hardman a distancia.
—¿No sería mejor que te protegieras? Puede estar esperándote con un fusil de élite con mira telescópica.
—No tengo tiempo para ir a buscar un chaleco anti-balas. ¡Adiós, Juanito!
Juanito temió por la vida de Savage, su gran amigo, el creador y

mantenedor de Liberty Carden, un lugar secreto donde se educaban nuevos *budokas* para el futuro, *budokas* con mentalidad de ciudadanos del mundo que lucharían contra el despotismo, las dictaduras, las demagogias especulativas, la explotación del hombre por el hombre, el crimen social y las organizaciones mañosas o análogas a ellas y muchas más situaciones contra las que había que luchar, sin más armas que las Artes Marciales Orientales.

Su fin era denunciar **y** a todos los niveles, pero hacer que las leyes actuaran **y** las respectivas justicias sentenciaran.

Savage no pretendía ser un verdugo ni que lo fueran los muchachos de todas las razas, confesiones religiosas y creencias políticas que salían de Liberty Garden. No, no eran verdugos, sino el dedo acusador que abría los ojos a la opinión pública para que se sacudiera de encima a esos parásitos hematófogos que les chupaban la sangre en su propio beneficio. Como era lógico, los criminales denunciados siempre replicarían con violencia asesina y había que estar preparados para defenderse. El *Kung-fu,* el *Judo,* el *Karate,* el *Kendo* y las restanttes Artes Marciales les permitían esa defensa, especialmente las mentalizaciones del *Zen* y el *Yoga* que utilizaban para autoequilibrarsé y resistir en las condiciones más adversas, para salir bien de las situaciones conflictivas y valorarlas con justicia, recuperándose con prontitud de los agotamientos físicos y mentales a los que llegaban en su batalla contra el mal.

CAPITULO XI

Savage detuvo su coche junto a los primeros edificios de aquel barrio en remodelación. En realidad, no era todo un barrio, sino unas cuantas cuadras donde había que crear unos servicios de equipamiento, municipales, y que sería cruzado por una vía rápida.

Tuvo el presentimiento de que el peligro para Flora no era inminente. Nada sucedería hasta que él apareciera, pues Savage estaba convencido de que el pirómano lo había preparado todo para eliminarle a él.

Savage se exponía, daba la cara, pero colgada de su hombro llevaba una bolsa de deporte de tipo cilíndrico, como si en su interior llevara unas raquetas de tenis.

Debía buscar protección donde pudiera, por si el pirómano tenía un rifle de élite con mira telescópica como había aventurado Juanito Chancleta.

Podía haber marginados, escondidos entre aquellas casas vacías, de ventanas arrancadas y techos hundidos.

Eran patentes las huellas de tuberías arrancadas. Barandas, rejas, todo lo que podía ser de alguna utilidad había sido arrancado durante el día por los obreros de la demolición, o en la noche por particulares que querían sacar alguna plata con la venta de aquellos metales aptos para el reciclaje. Todo esperaba la llegada de los grandes *bulldozers* que arrasarían los edificios hasta sus cimientos, o incluso por debajo de ellos si era necesario. Toda la historia de las gentes que habían vivido allí, desaparecería.

Anduvo dos cuadras, cuando vio un letrero colgando. Era el rótulo colorista de una cafetería y en los días deviento debía dar bandazos porque pendía sólo de uno de sus lados.

Los cables de las luces también estaban arrancados y las bombillas sin la burbuja de cristal. Aquellos edificios, esperando la demolición, tenían un aspecto deprimente, como los residuos de un terremoto o lo que pudiera quedar tras un bombardeo bélico.

En ocasiones, barrios enteros como aquél se pasaban, no sólo meses en condiciones tan deprimentes, sino incluso años enteros. Posiblemente, aquel conjunto de edificios se hallaba en semejantes condiciones de abandono porque los obreros estaban en otro lugar donde su trabajo podía resultar más perentorio.

«Búngalo» —leyó.

En vez de ir directamente a lo que podía ser su sepultura, rodeó la casa y la

observó por su parte posterior, constatando que aquel edificio no tenía otro que se le uniera. No le quedaba más remedio que ir por la escalera normal, va que aquel edificio carecía de escalera de urgencia. Avanzó junto a las paredes y llegó al portal. Penetró en el edificio sabiendo que, a partir de aquel instante, estaría muy cerca del pirómano, pero lo que deseaba era encontrar a Flora.

Miró el ascensor, tan deteriorado como el resto del inmueble. Faltaban las rejas de protección del foso, pues era un ascensor antiguo. Incluso, la cabina se veía destrozada.

Buscó en la planta baja y entró por una puerta. Sólo halló estancias vacías. Retrocedió hasta la escalera ascendente cuyos peldaños subió despacio, mirando en derredor con mucha atención y poniendo sus sentidos al máximo de su capacidad de recepción. El menor ruido sería captado de inmediato por él.

Cuando llegó al primer piso, miró en todas direcciones. Frente a él se abrían tres puertas; una ajustada, a la otra le faltaba la mitad de la hoja y la tercera, no existía. Poco a poco, se adentró en uno de aquellos viejos y ya medio destruidos apartamentos.

No encontró ningún rastro; no obstante, su intuición le advertía que Flora no podía estar lejos, por lo que salió de nuevo al rellano, se detuvo, alzó la cabeza y llamó:

—¡Flora! —Aguardó unos instantes y repitió la llamada—: ¡Flora, soy Savage!

—¡Savage! —respondió lejana la voz femenina.

Ya no tenía duda alguna, Flora se hallaba en algún apartamento alto, sólo tenía que subir hasta encontrarla. Trepó por los peldaños, algunos de ellos rotos. Había tramos en los que faltaba toda la baranda. Había infinidad de desperdicios y botes de plástico de todas clases; aquel lugar semejaba haberse convertido en un basurero.

—¡Savage! —volvió a gritar Flora, desde su lugar de reclusión.

—¡Voy subiendo, Flora!

Guiado por la voz femenina, Savage se le fue acercando, subió hasta el sexto piso.

—¡Flora!

—¡Savage, estoy aquí! —exclamó ella, oyendo ya muy próxima la voz del hombre.

Savage penetró en el último de los apartamentos, en realidad era una buhardilla. En el rellano quedaba otra puerta a la que se accedía mediante unos peldaños y que daba paso a una gran terraza comunitaria en la que, cuando aquel lugar estuviera habitado, las amas de casa tenderían sus coladas al aire mediterráneo para que se secaran.

—¡Savage!

La estancia tenía algunos muebles, todo muy roto e inservible, pero

conservaba aún algo de calor, como si alguien hubiera vivido allí después de ser expropiado, algún vagabundo, fugitivo de la ley o quizá el propio pirómano que llevara a Flora hasta aquel lugar.

Se enfrentó con una puerta cerrada, la empujó y vio luz, luz de velas. La ventana estaba cerrada, sólo había la luz de las velas, unos muebles viejos y una cama En ella:

—¡Flora!

—Savage, tengo miedo —gimió la joven—. Está loco, loco, tenías razón.

—Piero, ¿verdad?

—Sí, Piero, es Piero. Me ha rociado con gasolina y tengo miedo de esas velas. Me quemaré viva —sollozó—. Tengo miedo...

Savage consideró que la luz que entraba por la puerta era suficiente y se acercó a las velas. Las apagó soplando, y oliendo la gasolina que empapaba a la muchacha, le pidió:

—Cierra los ojos.

—¿Qué vas a hacer?

—Te voy a espumear con un extintor. Eso evitará que cualquier chispa prenda en ti, no te voy a desnudar ahora. Anda, cierra los ojos.

Flora obedeció. Savage abrió la llave del extintor que llevaba enlabolsa y brotó una gran cantidad de espuma que se posó sobre el cuerpo joven y terso de la mujer.

—¡Ah!

—No temas, está fría, pero no te hará nada —la apaciguó.

La envolvió de espuma cuando se escuchó una risa burlona.

—¡Es Piero! —gritó ella—. Está loco, él quemó la factoría de papá.

Savage miró a través de la puerta.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí, me lo ha explicado.

Savage liberó a la joven de las cuerdas que la sujetaban a los barrotes de la cama.

Su olfato comenzó a captar olor a quemado, mas no quiso asustar a Flora que estaba irreconocible; envuelta en la espuma blanca, apenas se le veía el rostro. Si había fuego, aquella medida era indispensable, pues si la muchacha estaba empapada en gasolina, seguro que no iba a salvarse de la quema.

—Savage, huelo a quemado, huelo a quemado... ¿Hay fuego?

—Tranquila, tranquila.

El humo subía por el hueco de la escalera. Savage la ayudó a incorporarse y le preguntó:

—¿Puedes andar?

—Muy mal, tantas horas atada...

Savage la ayudó a caminar. Al salir a la escalera, ésta se había convertido en una verdadera chimenea, ascendía por ella una densa columna de humo.

—Seguramente no podremos pasar por ahí abajo.

Volvieron a escuchar la risa burlona de Piero.

—¡Es él, es él!

—¿Dónde estás? —preguntó Savage. Acercándose a un mueble, lo abrió y en su interior descubrió un receptor del que escapaba la risa.

—Estará abajo, riéndose de nosotros y esperando. ¿Verán el fuego los bomberos? —inquirió Flora, terriblemente asustada.

De pronto, se produjo una deflagración; era como si el fuego hubiera arribado a un punto donde estaba preparado otro combustible, gas o cuando menos algunos bidones de plástico repletos de gasolina.

Las llamas treparon por el hueco de la escalera, ocupándola por completo. El crepitar del fuego se oía fuerte y la humareda era espesa.

—¡Vamos a la terraza! —dijo Savage, abriendo la puerta de un puntapié.

—¿No hay otra escalera? —preguntó Flora.

Savage prefirió no responderle. Llevaba en una mano la bolsa de deporte y con la otra halaba de la muchacha. Pasó a la terraza donde sus ojos se llenaron de cielo, unos ojos ya irritados a causa del humo.

Piero debía haber llenado el edificio de combustible para que ardiera, cerrando toda posibilidad de descenso. Las llamas salían por las ventanas vacías y se creaban muchas entradas de aire, lo que facilitaba la aireación del incendio cuidadosamente preparado por aquel psicópata.

Flora corrió hacia la baranda de la terraza y miró hacia la calle. La altura la impresionó, eran seis pisos. De pronto, abajo, descubrió...

—¡Piero, es Piero!

Piero desde la calle, semejaba dispuesto a disfrutar contemplando su obra. La pareja no tenía escapatoria. Él había taponado con fuego todas las salidas y las llamas iban ascendiendo, voraces. El edificio terminaría por venirse abajo.

—Savage, ¿qué haremos?

—Espera. —De un bolsillo sacó el teletransmisor y pulsando el resorte llamó—: Día llama a Noche, Día llama a Noche...

Aguardó y al fin obtuvo respuesta en la voz de Juanito.

—Noche llama a Día, escucho.

—Día llama, emergencia. Avisa a los bomberos que hay luego aquí en el barrio viejo. Que envíen cuches y policía, hay un loco incendiario, es el mismo de la factoría Hipócrates, pero esto no lo digas aún. Cambio y fuera.

—¿Vendrán en seguida? —preguntó Flora, muy angustiada,

—Sí —le respondió.

Lo primero que hizo Savage fue sacar una pequeña cámara fotográfica. Se asomó a la baranda y sacó varias fotografías a Piero, que se hallaba en la calle. Este debió de quedar desconcertado ante la acción de Savage.

Todo se calentaba en el edificio. Al cielo se remontaba va, una densa y negra humareda que brotaba principalmente por la propia puerta que daba acceso a la terraza y por la cual ya era imposible pasar.

—¡No escaparemos, no escaparemos!

—Ahora lo intentaremos —respondió Savage.

Sacó de la bolsa una cuerda que sujetó a unos hierros que allí había,

posiblemente pertenecientes a una ya desaparecida antena de televisión.

—Te voy a atar a mi espalda y tú te cogerás a mi cuello, ¿de acuerdo?

—Pero, Savage...

—¿Confías en mí, o no?

—Sí, sí, confío en ti.

—Pues ponte a mi espalda y pégate a mí.

Ató a la muchacha a su espalda y luego, se colocó un mosquetón de escalada en la cintura. Pasó la cuerda y se dirigió a la baranda cuando abajo llegaba un coche tocando el claxon al ver el incendio. Era un automóvil lujoso y de él surgieron varias personas. Piero, al ver el coche, echó a correr, escondiéndose.

Savage se situó sobre la balaustrada y pidió a Flora que quedó suspendida en el vacío:

—¡Cierra los ojos y cógete bien a mi cuello!

—Sí —asintió, cerrando los ojos como una niña a la que se le pide que cierre los ojos porque se le va a entregar un regalo.

Savage dio un salto en el vacío y por sus manos comenzó a deslizarse la cuerda controlada por el mosquetón de escalada. Aquélla no era la forma mejor de hacer *rappel,* pero no tenía otra y debía arriesgarse a desollarse las manos en aquel descenso rápido por delante de las ventanas por las que escapaban llamas que podían quemar la cuerda, cayendo ellos al vacío.

Sus pies se pusieron hacia adelante y Savage se dijo que iba a tener mala suerte. Todo era cuestión de unos segundos, pues al volver hacia la pared, por la acción pendular, iban a meterse dentro de una ventana por la que escapaban feroces llamaradas.

Savage abrió las piernas justo a tiempo para apoyar los pies en las respectivas jambas de la ventana. Así se impulsó de nuevo hacia atrás mientras sentía un fortísimo calor entre las piernas.

Volvió a saltar para atrás y hacia abajo en la acción pendular de descenso mientras, abajo, varias miradas permanecían angustiadas y expectantes.

Finalmente, Savage llegó al suelo, notando una intensa quemazón en las manos.

— ¡Flora, hija, Flora!

—¡Papá, papá, ha sido el pirómano, quería quemarme viva!

—No se apure por la espuma, Esplai, sólo es una medida de precaución que he tomado para que no se incendiara la gasolina con que ese loco la ha rociado.

—Savage, no sé cómo agradecerle lo que ha hecho —dijo Esplai, emocionado.

—Sí, puede agradecérmelo.

—¿En qué forma? —inquirió, con ojos cursados de sinceridad.

—Quizá usted sepa cómo, Esplai.

La sugerencia estaba cargada de intención. Esplai, abrazando a su hija, aseguró:

—Por mi hija, le doy mi palabra de que no tuve que ver con el incendio de la factoría. —Está bien, le creo.

—Espere, Savage, también tengo que decirle algo...

—Le escucho.

—Nuestros químicos habían descubierto una fórmula que evita las alergias a las fibras sintéticas y que evitará, también, la rápida descomposición de los productos orgánicos dentro de esas fibras sintéticas. Sé que esto, dicho así, no parece importante, pero, en exclusiva, puede reportar muchos millones.

—¿Y qué pasa con esa fórmula?

—Pues que si no la produce los laboratorios Hipócrates S.A. se la queda Hardman para unos laboratorios que tiene en los Estados Unidos y que son propiedad total suya. Quizá él ya le ha calculado las posibilidades de comercialización, ¿comprende?

—Sí, ahora lo entiendo... Todo por una fórmula que bien comercializada y en exclusiva, produciría muchos millones a Hardman.

—Sí. Al comprar las acciones de la factoría me obligó a hacer un contrato por el que, si alguna vez dejábamos de fabricar, todos los archivos y formularios le pertenecerían en exclusiva. Yo no estaba boyante y tuve que ceder. Ahora, según esa cláusula, todo es suyo.

—No, si usted levanta de nuevo la fábrica, da trabajo a los empleados que confían en usted y comercializa la fórmula de que me ha hablado.

—Eso supone un dinero que yo no poseo.

—Pida créditos, haga lo que quiera, pero ponga de nuevo en marcha la factoría.

Los bomberos llegaban con su sirena ululante. El edificio ardía por sus cuatro costados e iba desplomándose con espeluznante estrépito.

Notó entonces que le llamaban por el transmisor, abrió la señal y oyó la voz de Ricky:

—Sol llama a Día, Sol llama a Día...

—Día responde a Sol.

—Un co-co-coche ha llegado rápido al ya-ya-yate; es un joven rubio.

—Ahora vamos, corto y fuera.

Se guardó el transmisor y dijo a Esplai:

—El pirómano intenta escapar con Hardman, voy hacia allá. ¿Puede avisar a la policía?

—Sí, claro que sí. ¿Dónde están?

—En el Royal Maritime Club, a bordo del yate *Grand Canyon.*

M. P. Savage se alejó corriendo por la calle, dejando a Flora en brazos de su padre. Fue a buscar su «Daymio» y con él rodó a gran velocidad hacia el puerto, que se hallaba próximo.

Encontró la verja cerrada, pero el portero del club marítimo, nada más ver su coche, le abrió sin dificultades. Mas ya el yate *Grand Canyon* había zarpado y el «Daymio» se detuvo junto al embarcadero.

Una lancha de la policía, desde la bocana del puerto, salió en dirección al

yate cortándole la salida mientras hacía ulular su sirena, en advertencia.

De súbito, del *Grand Canyon* comenzó a brotar humo y por cubierta corrieron Teo, Berto y Bastian que se arrojaron al agua. Hardman también apareció gritando, queriendo hacer lo mismo, pero Piero iba tras él. Lo cogió por el cuello y lo metió dentro del yate, que sufrió una explosión interna y vomitó llamaradas.

La lancha de la policía desvió su proa para no arremeter contra la nave incendiada, que comenzó a escorar. Poco después, se hundía, cuando al muelle ya arribaba el coche de Esplai con su hija, que se quedó dentro del mismo.

—Es mejor que la chica reciba tratamiento médico, Esplai —le sugirió Savage.

—Sí, sí. ¡Dios mío, qué horror, cuánto fuego! —El pirómano ha preferido morir en medio del fuego y ha sujetado a Hardman para que le acompañara.

—¡Qué horror! Su arma destructiva ha sido la que les ha matado.

—Seguro que ha sido el propio Piero quien ha incendiado el yate. El fuego era una obsesión para él.

—Y nadie se va a creer todo esto, será lo más irónico.

—Sí, sí, se lo van a creer. Un amigo mío lo está filmando todo, el reportaje seguirá adelante.

—-¿Por qué lo ha hecho, Savage? —preguntó, mirándole inquisitivo—. Me refiero a toda esta investigación.

—Por las víctimas del fuego, Esplai, por las víctimas. Estaba seguro de que los incendios no eran accidentales. —Se acercó al coche, sonrió a Flora y dijo —: Creo que, en adelante, podrás confiar más en tu propio padre; no será necesario que lleves una segunda vida y que me llames hijo puta y cabrón.

—¡Savage, Savage, no te marches!

—Tengo que hacerlo, Flora, tengo que hacerlo.

Apartando la espuma de la frente de la muchacha, la besó. Se apartó de ella, montó en el «Daymio» y se alejó del muelle cuando ya el *Grand Canyon* había desaparecido bajo las aguas portuarias. Ricky y Juanito le esperaban.

F I N